



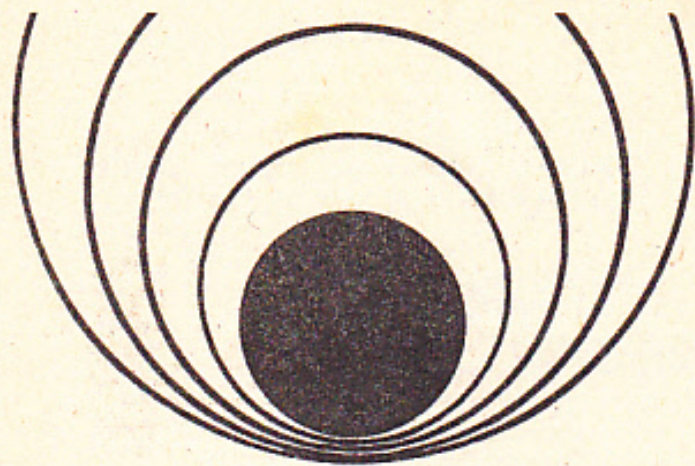
\$39 -

EL CASO DEL CADAVER SECUESTRADO

Adam Surray



SOLO MAYORES
DE **18** AÑOS



PUNTO ROJO



ADAM SURREY

EL CASO DEL CADAVER SECUESTRADO

Colección PUNTO ROJO n.º
1.030 Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO.

1.583 — Asesino a proa.

En Colección SALVA JE TEXAS:

878 — El último McClure.

En Colección KANSAS:

1.230 — Fort Spring.

En Colección PUNTO ROJO:

1.023 — Con la ley al fondo.

En Colección COLORADO:

1.141 — Escrito con sangre.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

446 — Morir en Kansas.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

552 — Pistolero con niño.

En Colección CALIFORNIA:

1.305 -- Los violentos de Kelley Hill.

ISBN 84-02-02520-X Depósito legal: B. 35.893-1981

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: enero, 1982

© Adam Surray -1982 texto

©Sampere - 1982 cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL
BRUGUERA, S. A. Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S.
A. Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona –
1982

PROLOGO

Blainsville terminaría por perder su nombre. Era ya cuestión de tiempo. Aunque popularmente ya se le denominaba Grabow City, éste sería pronto su nombre oficial. Así había sido solicitado por infinidad de firmas. No sólo de California. De todos los rincones de los EE.UU. llegaban diariamente toneladas de correspondencia solicitando el cambio.

Blainsville, de vulgar e insignificante villorrio, había pasado a convertirse en una ciudad conocida en todo el mundo.

Allí reposaban los restos de Richard Grabow.

El gran Richard Grabow.

En Blainsville se estaba originando el mismo negocio que el ocurrido con Elvis Presley, aunque a mayor escala. En Blainsville había sido mejor planificado. Un fabuloso negocio que eclipsaba a los beneficios obtenidos en vida por las películas y discos del fallecido Richard Grabow.

Ciertamente lo habían planeado todo a la perfección.

Blainsville era ya un santuario de peregrinación. A tan sólo dos meses de la muerte de Richard Grabow, el negocio funcionaba alcanzando increíbles cotas de beneficios. Toda una industria en juego. Al margen de la revisión de los films de Richard Grabow, de su comercialización en video, del relanzamiento de sus long-play y singles; eran otros productos los que enriquecían a la Shields Company. Productos comercializados a escala mundial.

Dos meses.

Tan sólo dos meses habían transcurrido desde la muerte de Richard Grabow.

Y en Blainsville, su lugar de nacimiento, fue construido el panteón. Un gigantesco y artístico mausoleo. Un cenotafio de mármol en paradisíaco jardín cercado por alta muralla, Dotado de sistemas de seguridad. No había sido levantado en el cementerio de Blainsville, sino en terreno privado. Adquirido por la Shields Company. Un terreno acorde con el fin perseguido.

Para penetrar en aquel amurallado recinto era obligatorio el pago de un ticket de cinco dólares. Un boleto que no otorgaba derecho absolutamente a nada. Tan sólo a franquear aquellas altas murallas y adentrarse por el jardín donde se emplazaba el panteón. Deambular por el interior del descomunal monumento funerario significaba abonar un nuevo boleto de cinco dólares. Prohibido terminantemente el uso de máquinas fotográficas. Esa era otra exclusiva de la Shields Company.

Los recuerdos, estampitas, figuras, posters, comics y todo tipo

de souvenirs dedicados a Richard Grabow estaban monopolizados por los diferentes puestos de venta instalados en el mismo jardín amurallado. También estaba la caseta de venta exclusiva de long-play, video y films de Grabow. El cortometraje Grabow Story, así como el libro biografía del actor-cantante, estaba ya agotado. Las múltiples y reiteradas reediciones se vendían como rosquillas.

La Shields Company había movido muy bien los hilos. Arropándose con los medios de comunicación más representativos y las casas de publicidad, subvencionando a los clubs Richard Grabow por todos los EE.UU. y Europa, creando el más fabuloso de los montajes para conseguir que aquel río de dólares no tuviera fin.

Era en verdad digno de estudio sociológico toda aquella histeria colectiva desencadenada sobre la figura de Richard Grabow. Hubiera resultado lógica en un público formado por jovencitas soñadoras o muchachos más o menos inconformistas; pero no era así.

El fenómeno Richard Grabow abarcaba a un público de todas las edades, de todas las esferas sociales y de todo nivel intelectual.

Sólo cinco películas en su malograda carrera cinematográfica. Cinco películas que fueron éxito de taquilla y alcanzaron el primer puesto en el ranking durante meses y meses. Cinco films elaborados con un magnífico guión, un buen director y la magistral interpretación de Richard Grabow. Un muchacho de veinticinco años que asombraba por sus dotes interpretativas y por su romántica voz.

Un nuevo James Dean, la reencarnación de Valentino... Fueron muchos los calificativos que adornaron la fugaz carrera cinematográfica de Richard Grabow. Lo que de verdad resultaba de imposible comparación era su maravillosa voz. Una voz única. Romántica y varonil. El mejor cantante folk de todos los tiempos. El máximo exponente del soul norteamericano.

Cinco películas y varios discos de oro.

Sobre aquella débil base se había levantado el monumento al dios Richard Grabow. Un héroe muy distinto al llorado Elvis Presley. La imagen de Richard Grabow no era violenta. Carente de la sensualidad que emanaba del más ligero gesto de Elvis.

Richard Grabow representaba a un mundo paradisíaco e irreal que se esforzaba en mostrar a través de sus melódicas canciones y en la interpretación de sus románticos films.

Richard Grabow era atractivo. Un atractivo que se acentuaba por su rostro aniñado, sus rebeldes cabellos rubios y por el azul de sus ojos. Un atractivo que arrancaba profundos suspiros a damas otoñales y que hacía desmayar a las jovencitas. Los

muchachos también le admiraban. A pesar de aquella aparente fragilidad de imagen, la varonil voz de Richard Grabow y su fuerza interpretativa impulsaba a imitarle. Paradójicamente. Clubs gay de todo el mundo habían proclamado a Richard Grabow como su ídolo.

Las actuaciones de Richard Grabow como cantante siempre «in live». Incluso cuando ya era un consagrado. Jamás quiso engañar a su público con una actuación que no fuera en directo.

Fue como una estrella fugaz.

Un astro luminoso que penetró en el falso y corrompido mundo de Hollywood barriendo todo con su honradez y buen hacer. No se le conoció un escándalo. Nada de drogas. Ni bebidas...

Tres años.

Tan sólo tres años.

Desde que la Salkow Films le contratara para aquel pequeño papel en *Lamentos de soledad*. De inmediato la Shields Company supo ver el talento y la voz que se encerraban en Richard Grabow.

Y le contrató en exclusiva.

Tres años, cinco películas para la Shields Company, singles, long-play..., y la cumbre de la popularidad. Del anonimato a la cima del éxito. De hombre vulgar a dios adorado por las masas.

Y todo terminó en la última primavera.

Hacía exactamente dos meses.

Richard Grabow había acudido junto con Samantha Harris, su compañera de reparto, a la premier cinematográfica de su último film. Titulado, como una cruel ironía del destino. *Good Luck*. En el Shields Cinema de Los Angeles. Miles y miles de fans le aclamaron. La crítica especializada alabó sin reservas su magistral papel en *Good Luck*. Su interpretación y su incomparable voz.

Y aquella misma noche del estreno, tras la fastuosa fiesta patrocinada por la Shields Company, Richard Grabow se retiró a su mansión de Castel City. Cansado y emocionado. Se acostó en demanda de un reparador sueño. Un sueño del que fatalmente ya no despertaría. Un sueño que se convirtió en eterno. El corazón de Richard Grabow, un corazón joven y aparentemente fuerte, se resistió a soportar tantas emociones.

Un fallo cardíaco privó de su ídolo a millones y millones de fans.

Fue un día de luto.

Similar al de Elvis Presley, John Lemmon y de otros que causaron impacto en la opinión pública.

La Shields Company se tambaleó horrorizada por la desgracia; sin embargo, cuando a los pocos días de la muerte de Grabow se agotaron las existencias en discos, cuando comenzaron a llegar

infinidad de cartas solicitando una fotografía del ídolo, un póster, un recuerdo por insignificante que fuera relacionado con Richard Grabow; la Shields Company comprendió el nacimiento del nuevo filón.

Las multinacionales se agruparon a la convocatoria de la Shields Company. Toda una cadena de intereses entraron en juego. La industria textil comercializando camisetas y deportivos con la marca Richard Grabow, imprenta con posters, figuras, llaveros... Todo comercializado a gran escala, pero el verdadero negocio surgió en Blainsville. Cuando a uno de los directivos de la Shields Company se le ocurrió la idea de levantar un monumento funerario en el lugar de nacimiento de Grabow. Un lugar da recreo y peregrinación para los seguidores de Grabow. Un lugar más que añadir a los clásicos de USA. Niágara, el Gran Cañón, Disneylandia..., y Blainsville.

Se adquirió el Blains Creek. Se construyó el gran mausoleo en forma de laberinto serpenteante. Y el paradisíaco Blains Creek se salpicó de bellos jardines y fuentes. Todo el extenso terreno amurallado. Junto a los clásicos tenderetes de souvenirs, por supuesto monopolizados por la Shields Company, se había levantado un bloque de tiendas comercializando todo tipo de productos relacionados con Richard Grabow.

Sus prendas de vestir, de su ropero particular y de la vestimenta de sus películas, estaban también a la venta con el correspondiente certificado de autenticidad. Prendas que iban desde los doscientos dólares a los cinco mil. Objetos de su mansión de Castel City. Cartas de su puño y letra, fotografías dedicadas, autógrafos...

En aquel mismo bloque, un cinema y sala de videoproyección. Cintas, discos, películas eran vendidas en cantidades industriales. Tres snacks bar, un restaurante... El más alucinante tinglado en torno a un cadáver mítico.

También Blainsville se había beneficiado de todo aquello. En sólo dos meses la ciudad había cambiado por completo. De su monótono letargo pasó a una eterna ebullición. Sin tregua de día ni de noche. Proliferaron las *discotheques*, los clubs, las salas de juegos electrónicos... Todo construido en el corto plazo de aquellos dos meses.

Y la Shields Company estaba levantando su hotel. Un gran bloque en Blainsville. A poca distancia del Blains Creek. El Shields Center contaría con hotel, restaurante, drugstore. Era necesario dar cabida a todos cuantos llegaban a Blainsville. Ya no a los adolescentes, sino a los forrados de dólares que requerían comodidades.

La explotación de mitos como el de Elvis Presley, John Lennon y demás, adquiriría en el caso Richard Grabow proporciones desorbitadas. Un fabuloso montaje expertamente controlado por las multinacionales del juego. Todo perfectamente planificado.

Nada parecía detener aquel caudal de dólares que inundaba las arcas de la Shields Company; sin embargo un sorprendente suceso hizo desmoronar todo aquello. Ocurrió a los dos meses y tres días de la muerte de Richard Grabow.

Un macabro suceso que horrorizó a la opinión pública.

El secuestro del cadáver de Richard Grabow.

CAPITULO PRIMERO

Nancy Scott ahogó un suspiro.

—¡Oh, Eric!... ¡Aún me resisto a creerlo!... ¡Una semana de vacaciones! ¡Y en Miami Beach! Es como un... Eric... ¿te ocurre algo?

Ciertamente el rostro de Eric Chapman reflejaba una extraña mueca. Los ojos entornados. Con un ligero brillo. La mirada fija. Demasiado fija. Centrada en los exuberantes senos de Nancy.

Fue el suspirar de la muchacha lo que había motivado la vidriosa mirada en Eric Chapman y aquella expresión de embeleso.

Nancy estaba como para mojar pan. Veinticuatro años de edad. Rostro sensual de pómulos gatunos. Unos labios carnosos y devoradores. Cuerpo seductor pródigo en pronunciadas curvas.

El ahogado suspiro de Nancy había tensado su blusa. Por un instante los botones parecieron querer salir disparados incapaces de controlar aquellos voluminosos senos. La falda se ceñía a la cintura de Nancy contrastando con la marcada redondez de las caderas.

Eric Chapman estaba sentado tras la mesa escritorio. En el amplio y cómodo sillón giratorio.

Nancy a poca distancia. Manipulando en el archivador metálico que casi ocupaba toda una pared. Sí.

Muy cerca de Eric Chapman. Este sólo tuvo que alargar su diestra para atenzar el brazo derecho de la joven.

Tiró de ella.

—¡Eric!... ¡No, Eric!...

Primero fue una exclamación de sorpresa la que brotó de la garganta de Nancy, Al caer sobre los brazos de Chapman quiso resistirse con una protesta. Muy leve. De inmediato cortada.

Los gordezuelos labios de la muchacha quedaron sellados por los de Chapman. En sensual beso.

—Me vuelves loco, Nancy...

—Eric, por favor... Ahora no... Tengo que terminar de ordenar el archivo y...

Chapman se apoderó nuevamente de los labios femeninos.

Su diestra comenzó a desabotonar la blusa de Nancy descubriendo el tenue sujetador de encaje que protegía los erectos senos.

Un súbito y penetrante sonido hizo respingar a la pareja.

Intercambiaron una mirada.

—¿Quién... quién puede ser?

—¡Al diablo! —exclamó Eric Chapman, pugnado con el último botón—. No estamos para nadie y...

La llamada se repetía una y otra vez.

En cortas intermitencias.

La muchacha logró zafarse de los brazos de Chapman. Se incorporó con el rostro encendido. Respirando entrecortadamente. Se alisó los cabellos para acto seguido abotonarse la blusa.

—Voy... voy... a abrir la puerta...

—Despídelo, Nancy. Quien quiera que sea envíalo al infierno.

Nancy asintió.

Con una sonrisa.

—Descuida. Tampoco yo voy a permitir que nos estropeen las vacaciones. ¡La primera semana de vacaciones en seis meses!

—¿Seis meses? —parpadeó Chapman—, ¿Llevas ya seis meses conmigo?

Nancy no respondió.

El llamar volvió a sonar con insistencia.

La joven abandonó el despacho a la vez que Eric Chapman pronunciaba un variado repertorio de maldiciones contra el inoportuno visitante.

De la mesa escritorio atrapó una cajetilla de tabaco.

Encendió un cigarrillo.

Seis meses con Nancy...

Era la secretaria que más tiempo había permanecido a sus órdenes. Judith, Pamela, Emma..., ninguna de ellas sobrepasó los dos meses. Con Nancy Scott fue distinto. Contra todo pronóstico. Un verdadero hallazgo. Una muchacha seductora y, sorprendentemente, inteligente. Con conocimientos de idiomas, contabilidad, archivo, informática... y dos años en el Departamento de Identificación de la Metropolitan Police de Los Angeles. De ahí que Nancy Scott acudiera confiada a solicitar la plaza de secretaria demandada por Eric Chapman, el más afamado investigador privado de California.

Y Eric Chapman, sin solicitar referencia alguna, la admitió. Con tan sólo mirar a Nancy. Más tarde comprobó sorprendido que Nancy Scott era algo más que una escultural diosa.

Seis meses.

En ese tiempo había contado con la eficaz ayuda de Nancy. En muchos de los casos solucionados fue valiosa la colaboración de Nancy. Ahora iba a premiarla con una placentera semana de descanso en Miami Beach. A todo lujo. Junto con los magnates forrados de dólares.

Se abrió la puerta del despacho.

Nancy penetró cerrando tras de sí. Su bello rostro reflejaba una compungida mueca. Los ojos nublados.

—Eric...

—¿Qué ocurre, Nancy?

—Es... es horrible...

—¿Han atentado otra vez contra el presidente?

La muchacha pasó por alto la ironía de Chapman. Puede que ni tan siquiera reparara en ella.

—Era el señor Shields... Está esperando en la antesala. Quiere que le recibas.

—¿Shields?... No le conozco. Oye, Nancy... habíamos quedado en no recibir a nadie.

—Es Brooke Shields, el fundador de la Shields Company.

—Hoy no recibiría ni a la misma Bo Derek —sonrió Eric Chapman

—. Tú y yo nos vamos a largar, pequeña. A Miami Beach. Ya tengo reservadas las plazas.

—No lo comprendes, Eric... No comprendes que...

La voz de Nancy se quebró en un sollozo.

Eric Chapman parpadeó perplejo.

Se incorporó del sillón giratorio. Bordeando la mesa se aproximó a la joven. Dos gruesas lágrimas brotaron de los ojos de Nancy.

—Pero..., ¿qué diablos ocurre, Nancy?

—Al señor Shields también le comenté que no podía ser recibido..., fue entonces cuando me informó de... de... ¡Oh, Eric!

—¡Maldita sea, Nancy! ¿quieres explicarte de una vez?

—Richard Grabow... se trata de Richard Grabow...

—¿Richard Grabow?... Está muerto, ¿no?

—Demasiado sabes que sí, Eric. Lo sabe todo el mundo, Y ahora ha desaparecido su cadáver. Han profanado su tumba... ¡Han secuestrado el cadáver de Richard Grabow!

Chapman respiró con fuerza.

—Oye, Nancy..., deja tu histeria o te sacudo, ¿de acuerdo?

—¿No comprendes mi estado de ánimo, Eric? Richard Grabow era un símbolo para mí. Al igual que para millones de...

—Está bien, está bien...; pero lo ocurrido no altera en absoluto nuestros planes. Esta tarde, tal como teníamos proyectado, salimos en vuelo Charter hacia Miami Beach.

Nancy le contempló como si fuera un monstruo de dos cabezas.

—¿No... no piensas recibir al señor Shields? ¡De seguro quiere encomendarte la búsqueda del cadáver de Richard Grabow!

—La policía se encargará de ello.

—¡Oh, Eric!... ¡No puedes hacer eso!... ¡Tienes que colaborar!
¡Todos tenemos que recuperar cuanto antes los restos mortales de

Richard Grabow! Es nuestro deber.

—¿Nuestro deber? Muy graciosa... Escucha con atención, Nancy. Desde pequeño he recibido bofetadas por doquier. Ahora puedo permitirme el lujo de determinar lo que quiero o no quiero hacer. ¡Y no me interesa nada de lo ocurrido a Richard Grabow!

—¿Hablas en serio?

—Por supuesto.

—¿No te interesa la suerte que pueda correr Richard Grabow? ¿No significa nada para ti?

—Richard Grabow es un fiambre. ¿Lo entiendes, Nancy? ¡Un cadáver! ¿Qué daño pueden hacerle a un muerto?

Nancy retrocedió unos pasos.

Ahora contempló a Eric Chapman como si se tratara de un ser viscoso y nauseabundo.

La muchacha movió lentamente la cabeza.

—Creí conocerte, Eric; pero ciertamente estaba equivocada. Durante estos seis meses, en los casos que he colaborado contigo, me percaté de que eras un hombre frío e impasible; sin embargo sospeché en tu interior sentimientos que no dejabas asomar. Creí que te rodeabas de una falsa capa de indiferencia. Ahora reconozco mi error. Nada hay en tu interior. Estás vacío.

Eric Chapman asintió.

Sonriente.

—De acuerdo, Nancy. Lo que tú digas. Y ahora vamos a seguir con los preparativos para nuestra semana de descanso en Miami Beach.

—Eric...

—¿Sí, nena?

—No iría contigo ni a comprar cigarrillos.

—No seas chiquilla, Nancy. ¿Vas a renunciar a una semana en Miami Beach por una simple discusión?

—Y renuncio también a mi empleo de secretaria del gran Eric Chapman. ¡Hasta nunca!

Nancy abandonó el despacho.

Eric Chapman quedó unos instantes inmóvil. Reaccionó encogiéndose de hombros. Retornó tras la mesa escritorio acomodándose en el sillón escritorio. Alargó la diestra hacia la agenda de teléfonos. Debía llamar a la agencia de viajes para cancelar uno de los pasajes del vuelo Charter con destino a Florida.

Allí estaba el número.

Chapman tomó el auricular.

Justo en el momento en que se abría la puerta del despacho.

—El señor Shields —anunció Nancy, con leve sonrisa—, Pase, por

favor...

El estupor le de Chapman impidió reaccionar.

Cuando se incorporó del sillón, ya Brooke Shields se había adentrado en el despacho y le ofrecía su diestra.

—Gracias por recibirme, Chapman.

Eric Chapman dirigió una furiosa mirada a la muchacha. Hizo un ademán de retenerla, pero Nancy, ampliando su sonrisa, desapareció cerrando tras de sí.

Eric Chapman posó sus ojos en el individuo.

—Tome asiento, señor Shields; pero quiero advertirle que...

—Su secretaria ya me ha comentado que llego en momento inoportuno —interrumpió Brooke Shields—, Le agradezco que haya decidido cancelar su semana de descanso para aceptar mi caso.

Eric Chapman apretó con fuerza las mandíbulas.

Interiormente maldijo a Nancy.

Un momento, señor Shields... Creo que sufre un error. No he aceptado su caso.

—No dudó que lo hará, Chapman. Le considero lo suficiente inteligente como para no rechazar un millón de dólares.

Eric Chapman parpadeó.

Sacudió la cabeza.

—¿Ha dicho un millón de dólares?

—Correcto. Eso es lo que pienso darle si soluciona el caso.

Eric Chapman se dejó caer en el sillón giratorio. Se inclinó sobre la mesa. Con la mirada fija en su interlocutor.

—Adelante, señor Shields. Le escucho con toda atención.

CAPITULO II

Brooke Shields ya había cruzado la frontera de los sesenta años. Rostro de marcadas arrugas. Pobladas cejas y cabello ya totalmente gris. Vestía con elegancia y distinción. Sus movimientos y ademanes, aunque pausados, delataban un vigor y energía poco acordes con su edad.

—Fue durante la noche, Chapman. Se ha descubierto esta mañana. Cuando el personal de servicio entró en Blains Creek. Los cuatro guardianes narcozitados. Al igual que los perros. El ataúd conteniendo los restos mortales de Richard Grabow había desaparecido. En su lugar dejaron una nota.

—¿Conoce ya el contenido de esa nota?

Brooke Shields se llevó la mano derecha a uno de los bolsillos de la chaqueta. Extrajo un papel que depositó sobre la mesa.

—Lewis Kleiser, jefe de seguridad de Blains Creek, me ha informado de todo. Fue él quien me dio la noticia. Pronto será publicada por los vespertinos de todo el país. Kleiser me dictó el contenido de la nota. El original está en poder de la policía. La nota fue redactada con letras recortadas de periódicos. Ahí la tiene textualmente.

Eric Chapman tomó el papel.

Una breves palabras, aunque hicieron respingar al detective.

ESTO ES UN SECUESTRO. PUEDEN JR REUNIENDO DIEZ MILLONES DE DOLARES EN LINGOTES DE ORO. RECIBIRAN INSTRUCCIONES.

—Diez millones... ¡Están locos!

—¿Por qué dice eso, Chapman?

—Me parece una cantidad desorbitada. Máxime por el rescate de un cadáver.

—El cadáver de Richard Gravow —recalcó Brooke Shields—. Sospecho que no está al corriente del fenómeno Richard Gravow. En Blains Creek tenemos invertidos millones y millones de dólares. Un fabuloso negocio que, sin Richard Gravow, se vendría abajo como un castillo de naipes. Hay muchos intereses en juego, Chapman. En San Francisco, en Chicago, en Dallas y en Nueva York se están construyendo Grabow House. Templos dedicados al culto de Richard Grabow. Todo ello sin contar con los miles de clubs Richard Grabow desplazados por los EE.UU. y Europa. Actualmente está próximo a salir al mercado un auto deportivo con el nombre Grabow.

—Estoy al corriente de ese macabro negocio, señor Shields.

Brooke Shields esbozó una sonrisa.

—Adivino un tono de reproche en su voz, Chapman; pero la culpa no es enteramente de la Shields Company. Nosotros ofrecemos lo que la sociedad demanda. Ciertamente provocamos esa demanda mediante estudiadas campañas de publicidad y montajes sensacionalistas. Incrementamos la histeria al máximo. Un negocio como otro cualquiera. Los mitos hay que explotarlos, Chapman. Hay viejas que siguen husmeando en busca de recuerdos de Valentino, los calendarios de Marilyn Monroe, los souvenirs de Elvis Presley, los de John Lemmon... La Shields Company ha encontrado en Richard Grabow el más fabuloso filón.

—Y les han robado la mina.

—Correcto. Sin el cadáver de Richard Grabow ignoro cómo reaccionará el público. Lo de Blains Creek, por supuesto, se vendría abajo. Sin cadáver no hay motivo para acudir a Blains Creek. Puede que lo demás, discos, cintas, películas, videos y souvenirs siguieran en auge; pero es aventurado pronosticar la reacción del público. Blains Creek es el negocio base de la Shields Company. Hemos invertido mucho. En Blainsville se está levantando el Shields Center. Es mucho lo que está en juego, Chapman. Es preciso recuperar cuanto antes el cadáver de Richard Grabow.

—¿Por qué ha acudido a mí, señor Shields? ¿Acaso la Shields Company no piensa pagar el rescate?

—¡Naturalmente que pagaremos! —exclamó Brooke Shields—, Diez millones, aun siendo una cantidad importante, es ridícula comparada con lo que tenemos invertido en el negocio y lo que esperamos obtener en el futuro. Esta misma mañana he mantenido una conferencia telefónica con Illinois. La salida al mercado del nuevo deportivo «Grabow» dependerá de que aparezca o no el cadáver.

—Aún no ha respondido a mi pregunta, señor Shields. ¿Por qué ha acudido a mí? Supongo que la policía ya se habrá hecho cargo del caso, ¿no es cierto?

—Usted sabe que ningún secuestrador quiere contactos con la policía. No estoy aquí en nombre de la Shields Company, sino como Brooke Shields. Yo presido el consejo de administración de la Shields Company, pero mi labor ya es de mera figura decorativa. Todo lo llevan ya los ejecutivos, apoderados y demás personas de mi confianza. Yo estoy retirado. Ya he luchado demasiado. Me he decidido por usted por considerarle el mejor investigador privado de California. El solucionar ciertos casos le ha encumbrado, Chapman.

—Esa popularidad no me pertenece, señor Shields. Secuestraron a la hija del gran actor Rod Gastone. Yo descubrí a los raptores y

entregó sana y salva a la pequeña. Mucha publicidad, cierto, pero sólo por ser rescatada la hija de un famoso. Indirectamente fui promocionado.

—Tal vez, pero yo le considero el mejor detective de California. Eric Chapman sonrió.

Movió afirmativamente la cabeza.

—Puede que lo sea, señor Shields.

—Quiero contratarle, Chapman. Quiero que rescate el cadáver de Richard Grabow. Con o sin el pago de los diez millones solicitados por los secuestradores. Si llega a producirse el pago, quiero la seguridad de que el cadáver será entregado. La policía, no sería la primera vez, obliga en ocasiones a los secuestradores a desembarazarse de sus víctimas. En este caso ningún daño pueden hacer a Richard Grabow, pero sí destruir su cadáver.

—Y el daño sería para la Shields Company.

Brooke Shields quedó en silencio.

Las ensortijadas arrugas de su rostro se acentuaron.

Empequeñeció los ojos hasta casi quedar ocultos por las pobladas cejas.

—Voy a confesarle algo, Chapman. Debo hacerlo para su mayor conocimiento del caso. Yo tengo más de lo que puedo ambicionar. Toda mi vida he sido un luchador. He levantado un imperio y ahora me encuentro solo y sin nadie con quien compartirlo. La Shields Company es una productora cinematográfica, promotora de discos y cassettes, videos... Lo de Richard Grabow es un trozo más del gran pastel. Un tentáculo más del gran pulpo. Yo, particularmente, renunciaría a esa parte. No me importaría en absoluto. Aun reconociendo que el fenómeno Grabow nos produce cuantiosos beneficios, renunciaría a ello; pero no puedo hacerlo. No por oposición de los accionistas de la Shields Company. No puedo hacerlo por Cynthia.

—¿Cynthia? —parpadeó Eric Chapman—. ¿Quién es Cynthia?

—Mi nieta.

—¿Qué ocurre con ella?

Brooke Shields mesó sus cabellos. Con un ligero temblor en las manos. Posó fijamente la mirada en el detective.

—Cynthia tiene ahora veinte años de edad. Es mi única nieta. Mi otro nieto murió en un accidente de tráfico. Junto con su padre. Perdí un hijo y un nieto. Mi esposa murió hace ya varios años. Puede que de soledad. Yo me dedicaba por completo a la Shields Company. A construir un imperio. Ahora estoy solo. Únicamente me queda Cynthia. Y no quiero perderla, Chapman.

—No comprendo la relación que...

Brooke Shields le interrumpió con leve gesto.

—Richard Grabow y Cynthia estaban muy enamorados. Desde el primer momento en que se conocieron nació el idilio. La gran promoción orquestada en torno a Richard Grabow les mantuvo alejados, Richard promocionaba sus discos actuando en directo por diferentes ciudades norteamericanas, su gira por Europa, las películas... Fueron tres años de encuentros esporádicos, cartas, llamadas telefónicas... Yo trataba de consolar a mi nieta prometiendo que pronto estarían juntos para siempre. Yo mismo solicité a la Shields Company un plazo máximo de cinco años. Transcurrido ese tiempo, Richard y Cynthia podrían contraer matrimonio.

—¿Por qué no antes?

Shields esbozó una amarga sonrisa.

—El mundo de Hollywood, el de las grandes casas de discos... Es un mundo falso, Chapman. Richard Grabow era nuestra gallina de los huevos de oro. El consejo de la Shields Company no podía permitir una boda apenas realizado el lanzamiento de Richard Grabow. Podía perder infinidad de fans. Por otra parte, Cynthia, tenía diecisiete años. Tal vez fuera un capricho de niña mimada deslumbrada por la personalidad de Richard Grabow. Ambos, seguros de su amor, aceptaron esperar aquellos cinco años. Sólo que... la muerte llegó antes. Cruel y sorprendentemente. Richard Grabow murió... y con él mi nieta.

Brooke Shields hizo una pausa.

Eric Chapman no formuló pregunta alguna. Consciente de la emoción que dominaba a su interlocutor.

Esperó a que prosiguiera.

—A la semana siguiente de la muerte de Richard Grabow, mi nieta fue internada en una clínica psiquiátrica. Víctima de una crisis nerviosa. De una gran depresión. Permaneció internada algo más de un año. Un tratamiento largo y penoso por la actitud de Cynthia. Se negaba a vivir. No reaccionaba a los cuidados médicos. Afortunadamente pudo abandonar la clínica. Ahora está conmigo. Es joven, tiene su grupo de amigos, se divierte...; aunque sin haber olvidado a Richard Grabow.

—Difícil olvidarlo, señor Shields —dijo Chapman, encendiendo un cigarrillo—. Es precisamente la Shields Company quien mantiene vivo ese recuerdo. Por radio, televisión, prensa...

—Lo sé, Chapman, lo sé. Y Cynthia reacciona bien. Incluso con sus amigas más íntimas se desplazaba semanalmente a Blains Creek. Le gustaba colocar flores en la tumba de Richard, caminar por los jardines y fuentes, admirar el mausoleo... Yo le permití todo aquello. Según indicaciones del doctor Weld, era preferible que Cynthia hiciera frente a sus recuerdos y emociones. Sólo así

podría superarlos. Todo marchaba bien... hasta hoy. Cuando me telefonearon a casa para comunicarme lo ocurrido, Cynthia escuchó la conversación. Fue presa de un ataque de nervios. Avisé de inmediato al doctor Weld. Le suministró un calmante, pero teme que Cynthia vuelva a recaer. Que sea necesario el... el internarla de nuevo. Cynthia grita en demanda de Richard... de los restos mortales de Richard Grabow...

La voz de Brooke Shields se había ido apagando hasta ser apenas audible.

Eric Chapman contempló fijamente al individuo.

Brooke Shields. Una de las mayores fortunas de California. Allí estaba. Encogido en el sillón. Tembloroso. Dominado por la impotencia.

—¿Puedo ofrecerle un whisky, señor Shields?

—No... no, gracias... Ya estoy bien. ¿Qué responde, Chapman? ¿Acepta el caso?

—Voy a serle sincero, señor Shields. Aun en contra de mis intereses. En dos o tres ocasiones he tratado con secuestradores. Son auténticos bastardos. La peor clase de bicho que existe sobre la tierra. Se paga el rescate, pero si sospechan del menor peligro o trampa de la policía, no dudan en liquidar al secuestrado. Ese es el gran riesgo. Pagar y no recibir nada a cambio. También puede ocurrir que los secuestradores sean identificados por su víctima o que ésta, una vez en libertad, pueda delatarles o proporcionar pistas suficientes que orienten a la policía. Entonces también se deciden a eliminar al secuestrado. En su caso no puede ocurrir nada de eso. Los... los muertos no hablan. No corren ningún riesgo con el cadáver de Richard Grabow. Se efectuará el canje con toda normalidad.

—Ciertamente ya no pueden hacerle daño alguno a Richard Grabow, pero sí a los intereses de la Shields Company. Como venganza, o si se creen engañados, pueden convertir el cadáver en cenizas. Hacer que jamás sea recuperado.

—Siga las instrucciones de los secuestradores. Al pie de la letra. Ellos, con el dinero en su poder, para nada quieren un cadáver. Ni tan siquiera el de Richard Grabow. No habrá problemas, señor Shields. Considero absurda mi intervención. Ahora sólo es cuestión de esperar. Así debe comunicarlo a los directivos de la Shields Company.

—No estoy aquí en nombre de la Shields Company, Chapman. Ya se lo he dicho. Y quiero contratar sus servicios. Por Cynthia. Sólo por ella. No me perdonaría que el cadáver de Richard Grabow fuera irrecuperable. Debe volver a Blains Creek. Únicamente así Cynthia recuperará la calma. Ayúdeme,

Chapman... Se lo suplico.

Eric Chapman asintió.

Con leve movimiento de cabeza.

—De acuerdo señor Shields. Acepto el caso.

Brooke Shields relajó sus crispadas facciones.

—Gracias, Chapman... Confío plenamente en usted. Le pagaré con generosidad. Un millón de dólares por entregarme personalmente e! féretro conteniendo los restos mortales de Richard Grabow, El detective arqueó las cejas.

Sorprendido por aquella petición.

—¿Entregarle personalmente...?

—Sí, Chapman. Esa es mi condición. El cadáver de Richard fue depositado en un ataúd especial. Un féretro de sonimetal supertratado. Un nuevo procedimiento científico que mantiene incorrupto el cuerpo de Richard Grabow durante algo más de un lustro. Quiero ser el primero en examinar el cuerpo de Richard. Cynthia sólo confía en mí. Sabe que yo sería incapaz de engañarla. Si yo le digo que aquél es el cuerpo de Richard, que no ha sufrido daño alguno, Cynthia me creerá.

—Muy bien, señor Shields. Le entregaré el cadáver de Richard Grabow.

Brooke Shields dirigió una inquisitiva mirada al detective.

Por primera vez, el rostro del magnate reflejó una amplia sonrisa.

—Esa seguridad en su voz me reconforta, Chapman. No lamento mi decisión de acudir a usted. Le consideraba un hombre de mayor edad, pero creo que la capacidad ya la ha demostrado en sus anteriores casos. Le firmaré un cheque de diez mil dólares para los primeros gastos y...

—Nada de eso —interrumpió Chapman—. Mi tarifa es la de un adelanto de mil dólares y doscientos diarios,

—Cinco mil dólares —decidió Shields, sacando el talonario de cheques y una pluma de oro—. Así cubro también sus gastos. El millón de dólares es una gratificación aparte de su tarifa. A abonar siempre que me entregue el cadáver de Richard Grabow, descubra a los culpables y recupere el dinero del rescate.

—Por supuesto, señor Shields.

—Mi domicilio es el 771 de Gould Boulevard. Deduzco que los secuestradores se pondrán en contacto conmigo o con las oficinas centrales de la Shields Company.

—¿Ya ha hablado con la policía?

—No. Nada más serme comunicada la noticia acudí directamente a usted. Héctor Janover, director de la Shields Company, si le supongo en contacto con la policía.

—De seguro solicitarán intervenir su teléfono de Gould

Boulevard.

—No lo consentiré. No quiero que la intervención de la policía haga peligrar la integridad del cadáver de Richard. Si los secuestradores se ponen en contacto le avisaré de inmediato transmitiéndole las instrucciones recibidas. Entonces usted obrará en consecuencia. Aunque... ¿por qué no permanece en mi casa, Chapman? Día y noche. Así le sería más...

—No, señor Shields. La táctica de los secuestradores profesionales es la de dejar pasar uno o dos días de total mutismo. Sin comunicación alguna. Con ello incrementan la angustia y la tensión. Así, cuando establecen el primer contacto, encuentran a un interlocutor ansioso de obedecer. Echaré un vistazo por Blains Creek y hablaré con el encargado de la seguridad.

—Bien... Espero me mantenga informado.

—Por supuesto. Estaré siempre en contacto con usted por si recibe noticias de los secuestradores.

Brooke Shields se incorporó cansinamente.

Junto con el talón dejó una de sus tarjetas.

Los dos hombres estrecharon sus manos.

Eric Chapman pulsó uno de los botones del interfono situado sobre la mesa escritorio.

Se abrió la puerta del despacho. Una Nancy Scott sonriente y feliz acompañó a Brooke Shields hasta la salida.

La muchacha retornó con rapidez.

—¡Oh, Eric!... ¡Eres maravilloso!... ¡Sabía que terminarías por aceptar!

—Contigo voy a hablar muy...

—¡Todos te admirarán, Eric! —exclamó Nancy, colgándose del cuello del detective. Será el caso más importante de tu carrera. Millones y millones de admiradores de Richard Grabow bendecirán tu nombre.

—No trates de...

Eric Chapman volvió a ser interrumpido.

Ahora por los carnosos labios de Nancy.

En voraz beso.

Chapman posó sus manos en la cintura femenina. Con intención de rechazar a Nancy. No lo hizo. Percibió el cuerpo de la muchacha muy pegado al suyo.

Aquellos ardientes labios que continuaban besándole.

Y las manos de Eric Chapman volvieron a porfiar con los botones de la blusa.

El botón recalitrante fue liberado por la misma Nancy.

Eric Chapman estaba recibiendo la primera gratificación por haber aceptado el caso.

Un buen comienzo.

El final del caso del cadáver secuestrado no iba a ser tan placentero.

CAPITULO III

Lewis Kleiser salió de la cabina telefónica.

Dirigió una poca amistosa mirada a Eric Chapman

—¿Todo en orden, Lewis? —inquirió Chapman sonriente.

—Sí... El señor Shields ha ratificado sus palabras.

—Es usted muy desconfiado, Lewis.

—Ha sido una sorpresa. Resulta difícil de creer que el señor Shields haya contratado los servicios de un investigador privado.

—¿Por qué no?

—Pues... La policía está investigando. La Brigada 77 de Los Angeles se ha hecho cargo del caso. También yo, al frente de mi equipo, investigo la desaparición del féretro. Somos más que suficientes para llevar el caso.

Eric Chapman amplió la sonrisa.

—No dudo de la eficacia de la Brigada 77. Es el mejor departamento de policía de Los Angeles. En cuanto a tu equipo... Puedo tutearte, ¿verdad, Lewis? Bueno, Lewis, pues tú y tu equipo ya habéis fracasado. Tal vez esté ahí la razón de mi intervención. Lewis Kleiser enrojeció.

Era un individuo de unos treinta y cinco años de edad. Corpulento. De facciones duras y toscas. Con muy poco sentido del humor.

—Oiga, amigo...

Chapman giró.

Hinchó el pecho.

—¡Ah! .. Esto es maravilloso. Un verdadero paraíso. El sol ya se oculta tras el horizonte. Un atardecer en Blains Creek debe ser algo imposible de olvidar, ¿verdad?

Lewis Kleiser bizqueó.

—¿Cómo?...

—Olvidalo, Lewis. ¿Hablamos de los sistemas de seguridad? Me he desplazado desde Los Angeles para eso. ¿Qué me dices de la muralla que circunda todo el Blains Creek? ¿Está electrificada?

—¿Electri...? ¡Maldita sea! Esto no es un campo de concentración, ¿Se está burlando de mí, Chapman?

—Tutéame, Lewis. Por favor. Bien... La muralla no está electrificada. Las puertas de acceso sí se cerrarán una vez concluido el horario de visita, ¿no es cierto?

—En efecto. Y las puertas están dotadas de cierres de seguridad y con sistema de televisión en circuito cerrado.

—Magnífico..., aunque ridículo. Esto es muy grande. Cuando suenan las sirenas y se anuncia por los altavoces que se aproxima la hora del cierre, es fácil esconderse por entre los arbustos, las

fuentes, el bosque, en los almacenes, el snack... ¿Me equivoco, Lewis?

Kleiser sonrió.

Con suficiencia.

—No, no te equivocas. Al principio eran muchos los que se escondían pretendiendo pasar la noche en el interior del Blains Creek. Sólo fue al principio. Los perros, ocho perros doberman, les hacían salir de su madrigueras. Era muy divertido. Los perros quedaban sueltos por el Blains Creek. Los cuatro guardianes de turno se dedican a inspeccionar las dependencias. Snack, almacenes y demás. Uno de ellos, desde la caseta de control, vigila mediante el sistema de televisión en circuito cerrado. Para entrar al mausoleo hay sofisticados dispositivos de alarma. Una automatic light, un electric eye alarm y la hand alarm.

—Nada de eso funcionó.

—Todo el sistema fue desconectado. Desde la caseta de control. Una vez fuera de combate los guardianes.

—Tengo entendido que fueron narcotizados.

—Eso es. Con pistolas lanza dardos. En la aguja un fuerte narcótico, igual método utilizaron con los perros. Sin duda los que robaron el féretro quedaron escondidos en Blains Creek. Tras el cierre. Y cuando se procedía a hacer el recorrido actuaron con sus pistolas lanza dardos contra los guardianes. Lo planearon todo muy bien.

—Sin duda conocían el terreno

—Aquí puede entrar todo el mundo, Chapman. Previo pago de los correspondientes tickets se puede deambular por todo el Blains Creek. Esos bastardos tuvieron toda la noche para actuar. Penetraron en el mausoleo y, ya desconectados los sistemas de alarma, procedieron con toda tranquilidad a quitar los cuatro enganches de sujeción del ataúd y lo trasladaron a un vehículo. Luego salieron muy ufanos por la puerta principal

—¿Encontró la policía alguna pista?

Lewis Kleiser volvió a sonreír.

Ahora marcadamente burlón.

—¿Por qué no lo pregunta a la Brigada 77?

—Tengo allí muy pocos amigos.

—Lo suponía, Chapman, Sospecho que no se hace querer. ¿Alguna otra pregunta?

—No, Lewis, Has sido muy amable.

Kleiser, jefe de seguridad en el Blains Creek, giró sobre sus talones. Sin palabra de despedida se encaminó hacia una de las casas emplazadas en Blains Creek.

Eric Chapman encendió un cigarrillo.

El paradisíaco Blains Creek aparecía desierto. Sus jardines, monumentales fuentes, paseos alfombrados de flores...

Nadie.

Se había prohibido la entrada al público. Y los periodistas y fotógrafos ya habían acudido durante la mañana para sus reportajes. Ahora, en aquellos crepusculares horas del atardecer, la soledad era dueña del recinto.

El snack cerrado, los tenderetes de souvenirs, los almacenes... Todo permanecía cerrado.

Sólo el persona! en servicio permanecía en el interior de Blains Creek.

Eric Chapman se encaminó hacia el parking.

Su auto, un Chevrolet Corvette, era el único vehículo estacionado en el extenso parking reservado a los visitantes.

Desde allí era visible el monumento funerario dedicado a la memoria de Richard Grabow. El artístico y gigantesco mausoleo que se alzaba sobrecogedor. En lo alto de un promontorio. Dominando el Blains Creek.

Chapman hizo una mueca.

Rememoró algunas de las más populares canciones de Richard Grabow. Baladas en torno al amor, la paz, la amistad...

Y el mismísimo Richard Grabow no descansaba ni después de muerto.

Eric Chapman arrojó el cigarrillo. Encontró amargo el sabor del tabaco. Y no le gustaba Blains Creek Por muy paradisíaco que resultara. Era artificial, falso... y morboso. Construido únicamente con el propósito de explotar a un cadáver.

El detective se acomodó en el interior del Corvette.

Maniobró para salir del aparcamiento.

Al llegar junto a la muralla, el guardián de la caseta próxima a la puerta metálica franqueó automáticamente la verja.

Eric Chapman apretó a fondo el pedal del gas.

Enfilando veloz por la carretera que conducía a la cercana Blainsville.

Atrás quedaba Blains Creek.

Un panteón sin cadáver.

* * *

Eric Chapman terminó de consultar el cuaderno.

—¿Sólo esto. Nancy?

La muchacha, que saboreaba una descomunal copa de helado, respingó alzando la cabeza.

—¿Sólo? ¡Hay ahí más de un centenar de nombres, Eric! Afortunadamente sólo existen dos hoteles en Blainsville. ¿Crees que ha sido fácil? Mientras tú paseabas por Blains Creek yo tomaba nota en los libros de registro del Clover Hotel y en el Savoy. Por cierto..., me debes cuarenta dólares. He tenido que untar a los recepcionistas para tener acceso a los libros.

—Sigo opinando que no son muchos los nombres, Nancy.

—Tampoco los hoteles son gran cosa. Hace dos meses Blainsville era un villorio apenas conocido. Proliferan los clubs juveniles y «*discotheques*» de reciente construcción pero en hoteles siguen los dos de siempre. Viejos y de nulo confort. Con el Shields Center se solucionará el problema.

—Has tomado nota de los clientes registrados en los últimos diez días, ¿no es eso?

—Ahá. Casi todos clientes de una sola noche. Pernoctar y salir al día siguiente. El tiempo de visitar cómodamente la tumba del gran Richard Grabow. Siguiendo tus instrucciones he anotado únicamente los que pernoctaron más de una noche. Eric...

—¿Sí, Nancy?

—Creo que he estado perdiendo el tiempo. Ahí no encontrarás nada.

Chapman sonrió.

Alargó la diestra palmeando la mejilla de la muchacha.

—Acabas de cometer un grave error, pequeña. Tenías que haber aprendido más en estos seis meses de secretaria del gran Eric Chapman. En el lugar más insospechado puede surgir la luz. Lo de investigar en los dos únicos hoteles de Blainsville no es mala idea. Máxime cuando no tengo ningún otro punto de partida.

—¿Qué me dices de tu visita al Blains Creek?

—Poco positiva. Lo mismo puede ser obra de profesionales que de un grupo de imbéciles. El servicio de vigilancia se dejó sorprender, aunque no les culpo. Era un trabajo rutinario. ¿Quién podía querer robar un cadáver? Los secuestradores conocían el terreno. Lo estudiaron. Sabían que desde la caseta de control se desconectaban todos los sistemas de alarma del mausoleo.

—Puede que contaran con ayuda desde el interior. Me refiero a alguno de los guardianes o personal del Blains Creek.

—Es posible, aunque tengo mis dudas. Un profesional, con sólo dos o tres días de visitas al Blains Creek, llegaría a conocer el terreno a la perfección. Número de guardianes de noche, los perros, la caseta de control... unos pocos dólares desatan lenguas. Preguntas aparentemente inocentes al personal del snack o de los

almacenes que no dudan en responder.

—Yo opino que hay cómplices en Blains Creek.

Eric Chapman sonrió.

Hizo una seña al barman.

—Termina el helado, Nancy. Regresamos a Los Angeles. Quiero que él... cerebro de Paul Lowenbrau examine todos estos nombres.

—¿Lowenbrau? —inquirió Nancy, reflejando un mohín en su bello rostro—. ¿Otra vez él? No me gusta ese individuo.

—¿Por qué no?

—Tiene unos ojos de búho.

Eric Chapman rió en sonora carcajada.

—Paul Lowenbrau es un gran conocedor del género humano. Empezó desde pequeño. Anotando las misteriosas visitas que acudían al apartamento de su bella vecina. De día y de noche. Infinidad de visitas. Todas masculinas. Paul, con su inocente curiosidad infantil, comenzó a hacer estadísticas. Todos los individuos permanecían en el apartamento un tiempo que oscilaba entre los treinta y cuarenta y cinco minutos. Pulsaban el llamador de una misma forma... Paul llenó cuadernos y cuadernos de esos pequeños detalles. Luego, en la escuela. Se dedicó a investigar a su profesor de matemáticas. Descubrió que frecuentaba un club de homosexuales. Aquel descubrimiento permitió que Paul aprobara todos los cursos de matemáticas. Paul siguió investigando en el prójimo. Y hoy dispone de archivos, computadoras, datos, fechas... Es un fulano fuera de serie. Cierto que su información resulta costosa, pero siempre da resultados el acudir a él. Su mirada de búho... Pues sí, es posible. Es su costumbre el mirar así.

—¿De veras? Sus ojos, cuando me miran, parecen desnudarme,

—¿Y te sorprende? Eso lo hacen el noventa por ciento de los hombres que se cruzan en tu camino.

—Muy gracioso, pero sigo opinando que Paul Lowenbrau es un individuo repulsivo.

Eric Chapman abonó la consumición.

Abandonaron el snack.

Ya era noche en Blainsville. En la pequeña localidad al este de Santa Ana. A poca distancia de la populosa ciudad de Los Angeles. Habla poco tráfico. Las calles semidesiertas y los establecimientos públicos con reducida clientela.

Nancy se estremeció,

—¿Tienes frío? —se interesó Chapman, al percatarse del estremecimiento de la joven.

—No... Ha sido una extraña sensación. Blainsville parece estar

de luto.

—No me sorprende —sonrió Chapman, abriendo la portezuela del auto—. Temen que se les acabe la época de las vacas gordas.

—Eres un cínico. Un cínico sin sentimientos.

Eric Chapman mantuvo la sonrisa en los labios a la vez que iniciaba la marcha del Corvette.

—Es conmovedor., Nancy. En verdad resulta conmovedor..., y sorprendente. En el recorrido desde Blains Creek hasta aquí conecté un momento la radio del auto. La noticia del día, por supuesto, el secuestro del cadáver de Richard Grabow. Los vespertinos ya han divulgado la noticia con profusión de detalles. Incluida la petición de los secuestradores. Esos diez millones de dólares en lingotes de oro.

—¿Por qué lingotes de oro, Eric? ¿No hubiera sido mejor en dólares?

—El oro tiene fácil salida en determinados mercados. Y no puede ser marcado como los billetes. Se puede fundir en varios bloques, en uno solo, en pepitas... El oro es...

—¿Ocurre algo?

Chapman entornó los ojos.

—Estaba pensando... El exigir el pago en oro puede resultar también una buena pista, pero dejemos eso ahora. Te hablaba de la emisión de radio. ¿Sabes una cosa, Nancy? El club Richard Grabow de Nueva York ha empezado a recaudar fondos para el pago de ese desorbitado rescate. Le han imitado los clubs de Chicago, Dallas y de otras ciudades. La fiebre se extenderá también por los clubs europeos. También damas otoñales, jovencitas, adolescentes con granitos; todo el mundo está enviando donativos a la Shields Company de Los Angeles para que se proceda al pago del rescate. Quieren ayudar a la Shields Company. Quieren recuperar cuanto antes el idolatrado cadáver de Richard Grabow.

Los ojos de Nancy se iluminaron.

—¡Oh, Eric!... ¿Y esa reacción te sorprende? ¡Richard Grabow fue un hombre maravilloso! Admirado y amado por millones de seres humanos. Es lógico ese movimiento de ayuda. Yo misma pienso enviar cien dólares.

—Hazlo y te despido de inmediato —replicó Chapman, secamente—. No quiero a una estúpida como secretaria.

—Pienso hacerlo.

—Okay. ¡Adelante, maldita sea! ¡Júntate con la histeria! ¡Sigue al rebaño!

—Tú no puedes comprenderlo, Eric. Careces de...

Chapman interrumpió a la muchacha.

Con dura voz.

—No, Nancy. No puedo comprenderlo. No puedo comprender que el hambre haga fallecer a miles de niños en Africa, que existan ghettos infernales en el mismísimo Nueva York, que la miseria domine en ciertos barrios de las principales ciudades de los todo poderosos EE.UU., que nadie mueva un dedo ante las catástrofes que asolan ciudades, que los derechos humanos sean pisoteados en naciones esclavizadas... ¡Y nadie hace absolutamente nada! ¡Todos se encogen de hombros!

—Ese es un problema de difícil solución, Eric —murmuró Nancy—. No está al alcance de nuestra mano el...

—Disculpas, Nancy. Y tú lo sabes. Miles de niños mueren de hambre y sed, pero eso poco importa. Es un problema lejano. Aquí está lo que realmente importa. ¡El cadáver de Richard Grabow! ¡Diez millones de dólares en lingotes de oro! ¡Y cincuenta también!

Nancy inclinó la cabeza.

Quedó en silencio.

No encontró palabras de réplica.

CAPITULO IV

Ya se habían cumplido veinticuatro horas de la desaparición del cadáver de Richard Grabow. Y ninguna noticia de los secuestradores. Ningún contacto. Ni en las oficinas centrales de la Shields Company ni en el domicilio particular de Brooke Shields.

La noticia ya había dado la vuelta al mundo.

Toda la opinión pública escandalizada por el suceso. La iniciativa del club Richard Grabow de Nueva York de recaudar fondos para el pago del rescate había sido imitada por todos los clubs de Estados Unidos y Europa. También se estaba programando una marcha de protesta desde Los Angeles hasta el Blains Creek.

Samantha Harris, compañera de Richard Grabow en el film *Good Luck*, se había ofrecido a los secuestradores como rehén a cambio de la devolución del cadáver. Una joven se había subido a las terrazas del Berman Square y amenazaba con arrojarle al vacío si no retornaba el cadáver de Richard Grabow al Shields Creek. La presidente del club Richard Grabow de Los Angeles estaba en huelga de hambre...

Eric Chapman penetró en su oficina de Ganz Street.

Casi arrastrando los pies.

—Hola, Nancy.

Nancy, en la antesala del despacho, alzó la mirada de la máquina de escribir para posar sus ojos en Chapman.

—Buenos días. Eric. No eres muy madrugador.

—¿Eso crees? Vengo de Gould Boulevard.

Nancy se incorporó de la silla.

Acompañó a Chapman al interior del despacho.

—¿Alguna novedad, Eric? ¿Se han puesto en contacto los secuestradores? ¿Qué te ha dicho el señor Shields?

Eric Chapman fue directamente al archivador metálico.

Abrió uno de los cajones apoderándose de una plana botella de whisky. Se aplicó el gollete a los labios bebiendo generoso trago.

—Nada Aún es pronto. Los secuestradores le están dando tiempo para que pueda reunir los diez millones en oro. El desplazarme hasta Gould Boulevard fue principalmente para hablar con Cynthia Shields, pero estaba bajo los efectos de un calmante.

—Sobre la mesa tienes los periódicos, Eric. Te he marcado los artículos de más interés. Todos ellos relacionados con Richard Grabow. Pueden darte alguna pista.

Chapman volvió a beber.

—No pienso leerlos. Terminaría por vomitar.

El bello rostro de Nancy se ensombreció.

Dirigió a Chapman una severa mirada.

—Creo que cometí un error, Eric. No debí forzarte a aceptar el caso. No tienes el menor interés en él. Te resulta totalmente indiferente.

Chapman se dejó caer en el sillón giratorio.

—Nada de eso, Nancy. Me produce náuseas, pero no te preocupes. Pienso solucionarlo. Ya me conoces. Jamás abandono un caso. Lo solucionaré para que tú, y miles de almas sensibles, puedan nuevamente ir de peregrinación a Blains Creek a rendir culto al insustituible Richard Grabow.

Nancy apretó con fuerza los labios.

Giró sobre sus talones abandonando el despacho con altivo semblante. Retornó a los pocos minutos portando un voluminoso sobre lacrado.

—Olvidé entregarte esto. Llegó hace una hora. Por un mensajero de Paul Lowenbrau.

Chapman atrapó el sobre.

De la lista entregada ayer noche a Paul Lowenbrau, con más de un centenar de nombres, sólo quedaban dieciocho.

Dieciocho nombres habían sido los seleccionados por el equipo de Lowenbrau. Los restantes habían quedado descartados. Por eliminación más o menos lógica. En aquellos dieciocho nombres había centrado su atención Lowenbrau.

Once hombres y siete mujeres.

Eric Chapman fue examinando una a una las fichas confeccionadas por el equipo Lowenbrau. Allí había de todo. Corredores de apuestas ilegales, traficantes de drogas, ratas de hotel, vividores, furcias... Una compleja fauna con amplió historial delictivo. También, en aquel grupo de seleccionados, había algunos carentes de toda responsabilidad por antecedentes penales.

Glenn McLaine. Director-propietario de una casa discográfica de San Francisco. Compañía actualmente en quiebra. McLaine pernoctó dos días en Blainsville. Se ampliaban datos sobre Glenn McLaine y su empresa.

Oliver Steiger periodista especializado en temas de música moderna. Tuvo un pleito con el difunto Richard Grabow. Lo ganó cuando el juez dictó el ánimo de no ofensa en los artículos de Steiger atacando a Richard Grabow. Oliver Steiger cayó en desgracia. Por el mero hecho de haberse enfrentado al mítico Richard Grabow.

Angie Howard. Diecisiete años de edad. Estudiante. Con domicilio en el 2.090 de Lumet Street, piso octavo, apartamento 4 C. Permaneció cuatro días en el Clover Hotel de Blainsville. Los cuatro días anteriores al secuestro del cadáver de Richard Grabow.

Ningún otro dato.

Eric Chapman arqueó las cejas.

¿Por qué Paul Lowenbrau había seleccionado aquel nombre?

¿Qué le pareció digno de atención en la tal Angie Howard?

El detective volvió a leer la ficha.

Fue al girar la cartulina cuando descubrió las breves letras escritas a roano. Reconoció la letra. Del mismísimo Lowenbrau.

«Amiga íntima de Cynthia Shields.»

Una sonrisa asomó al rostro de Eric Chapman, interiormente alabó una vez más la labor del equipo Lowenbrau. No regatearía en la factura. Máxime después de haberle exigido prontitud en la información.

Angie Howard...

Sí.

No estaba mal para empezar.

Eric Chapman apartó tres fichas más.

De uno de los cajones de la mesa escritorio extrajo un «Smith Wesson» que acopló en su costado izquierdo. Bajo el cinturón.

Pasó a la antesala.

—¿Almorzamos juntos, Nancy?

—No.

Chapman sonrió por la seca y lacónica respuesta de la muchacha.

—Bien, Entonces ya no regresaré por aquí en el día de hoy. ¿Te queda mucho por hacer?

—Depende de la información de Lowenbrau. ¿Qué debo hacer con ella?

—Archívala. Ya me llevo cuatro de las fichas.

Los ojos de Nancy se iluminaron.

Fijos en Chapman.

—¿Has encontrado algo interesante?

—Lo dudo. Sería un golpe de verdadera suerte, pero no pierdo nada con investigar. No quiero permanecer con los brazos cruzados en espera de que los secuestradores establezcan el contacto. Si llama el señor Shields te comunicas conmigo por medio del teléfono del auto, ¿okay?

—Yo me marcharé dentro de un par de horas.

—No te preocupes por eso. Estaré en contacto continuo con la casa del señor Shields. Hasta luego, nena.

Eric Chapman abandonó el despacho.

Minutos más tarde salía del parking del edificio al volante del Corvette.

Se sumergió en un tráfico infernal. En el sempiterno caos circulatorio reinante en Los Angeles. Máxime en aquellas horas del mediodía. Un sol agotador hacía humear el asfalto. La jungla

de cemento parecía haber dado libertad a todas sus bestias.

El Corvette circuló por una gran parte de la ciudad.

En dirección al Hancock Park.

Eric Chapman conocía Los Angeles como la palma de su mano.

Lumet Street, era uno de los cruces con la Brown Avenue.

Detuvo el vehículo unas manzanas más abajo del 2090 de Lumet Street. En el único hueco que encontró para estacionar.

Descendió con un cigarrillo entre los labios.

Al caminar hacia el 2090 de Lumet Street. Un edificio colmena plagado de apartamentos de diferentes categorías.

Eric Chapman se decidió por penetrar en el edificio.

No se detuvo en el mural donde figuraban los nombres y casilleros de correspondencia. Tampoco interrogó al recepcionista que, tras el mostrador, permanecía muy interesado en la lectura de una novela policíaca.

El detective acudió directamente a uno de los elevadores.

Ya dentro de la cabina pulsó el botón correspondiente a la octava planta.

Del ascensor pasó a un moquetado y ancho corredor en forma de «L». Buscó el apartamento señalado con las siglas 8-4C.

Presionó el llamador.

Tras unos instantes de espera volvió a pulsar el timbre. Con igual resultado. Nadie respondió a la llamada.

Chapman hizo una mueca.

Ciertamente no era la hora apropiada para visitas.

Una muchacha joven no almorzaba en su apartamento. Y menos en una ciudad alegre y bulliciosa como Los Angeles.

Eric Chapman giró sobre sus talones.

Y en ese mismo momento escuchó el ruido.

Similar al de un objeto caer al suelo.

Y ese ruido procedió del interior del apartamento.

Chapman quedó unos instantes inmóvil. Aguzó el oído. En espera de algún otro sonido. Interrumpió el iniciado ademán de pulsar por tercera vez el timbre. Se pegó a la puerta. Y fue entonces cuando la hoja de madera cedió levemente.

El detective parpadeó perplejo.

La puerta estaba sin cerrar.

Empujó la hoja que se entreabrió con lentitud.

Eric Chapman se adentró en el living

—¡Eh! ¿Hay alguien?

Ninguna respuesta.

Del salón que comunicaba con el living llegaba la luminosidad del día. Haciendo visible el corredor. Una de las habitaciones del pasillo estaba abierta.

Chapman se encaminó hacia allí.

Se detuvo bajo el umbral.

Era uno de los dormitorios del apartamento. La pared adornada con profusión de posters. Buster Keaton, The Beatles. El Che. Elvis Presley, Richard Grabow... Libros por el suelo, revistas, discos...

Todo muy desordenado.

Eric Chapman no reparó en ello.

Sólo tenía ojos para el cadáver.

Para el cuerpo de la muchacha que yacía sobre el lecho. Con un brutal tajo que seccionaba la yugular. La sangre había formado un gran charco sobre la blanca sábana llegando a gotear en el suelo.

Los ojos de la joven muy abiertos. Desorbitados. El rostro desencajado en indescriptible mueca de terror. A su lado, en jirones, un vaporoso camión y sus prendas interiores.

Ene Chapman contuvo la respiración.

Como alertado por un sexto sentido.

Algo parecía advertirle que no estaba solo en la habitación. De que había alguien más. De que el asesino todavía se hallaba allí presente.

CAPITULO V

Eric Chapman giró con rapidez.

Ladeándose instintivamente.

Aquel movimiento le hizo esquivar milagrosamente el golpe.

Percibió un objeto silbar siniestro sobre su cabeza.

Y también contempló a su atacante.

Un individuo corpulento. De unos cuarenta años de edad. En su diestra una estatuilla de bronce que de nuevo disponía a descargar sobre Chapman.

El detective no se lo permitió.

Proyectó su puño derecho al estómago del individuo. Este se dobló acusando el golpe. No tuvo tiempo de reaccionar. Un segundo trallazo, ahora tras la oreja izquierda, le hizo caer.

Cuando trató de incorporarse se vio encañonado por el negro orificio del Smith y Wesson.

—Tranquilo, hermano —sonrió Chapman, fríamente—. Suelta esa estatuilla o te reviento la cabeza de un balazo.

El hombre obedeció.

Eric Chapman retrocedió unos pasos.

Sin dejar de encañonarle.

—Perfecto, ahora en pie, al menor movimiento sospechoso te envío al infierno sin contemplaciones.

—Oiga... yo... yo no he matado a Angie...

—Dime tu nombre.

—¿Eres policía?

Chapman se adelantó.

Lo suficiente para propinar un brutal trallazo con el cañón del revólver. En semicírculo. Al costado izquierdo del individuo.

—Soy el que hace las preguntas. ¡Tu nombre!

—Chandler... Alfred Chandler...

Eric Chapman cacheó con la zurda al individuo. Le arrebató una billetera del bolsillo interior de la chaqueta.

Volvió a retroceder un par de pasos.

Comprobó el contenido de la billetera. Intercalando rápidas miradas al individuo. Este no intentaba nada. Estaba pálido. Boqueando falto de respiración por el violento golpe recibido.

Unos cientos de dólares, dos tarjetas de crédito a nombre al Alfred Chandler, un permiso de conducir, cédula de identificación... y una credencial. Una tarjeta de identidad también a nombre de Alfred Chandler. Con su correspondiente fotografía y huellas dactilares. Una tarjeta de identidad que le catalogaba como miembro de seguridad del Blains Creek.

Eric Chapman sonrió.

—Muy interesante, Alfred, muy interesante... Perteneces al servicio de seguridad de Blains Creek, ¿eh?

—No he matado a Angie... ¡Lo juro!... ¡Yo no la he matado! Acabo de llegar... ¡Y ya estaba muerta!

—Comprendo. Como Angie ya estaba muerta, y tú querías liquidar a alguien, decidiste machacarme la cabeza con esa estatuilla.

—Me... me asusté... al oír el llamador me oculté derribando la estatuilla... Al verle entrar en el apartamento decidí golpearle y escapar... No era mi intención matarle... No soy un asesino.

—¿Cómo has entrado aquí, Alfred? Angie estaba muerta, ¿no? ¿Quién te abrió la puerta?

—La puerta estaba abierta.

—¿De veras?

—Tiene que creermelo... ¡Yo no la maté!... ¿Por qué iba a matarla?

—Una buena pregunta, Alfred. ¿Por qué? ¿Qué relaciones te unían con Angie Howard? ¡Responde!

Alfred Chandler entornó los ojos.

Fijos en Chapman.

—Tú... tú no eres un policía....

—No, no lo soy.

—¡Entonces no responderé a ninguna pregunta!

Eric Chapman se encogió de hombros.

Despreocupadamente.

—Como quieras. Sólo trataba de ayudarte. Soy Eric Chapman, investigador privado. Ahora llamaré a la policía para comunicar lo ocurrido.

—¡Soy inocente!

—Por supuesto, aunque resulte sospechoso que un inocente trate de escapar sin denunciar el haber descubierto un asesinato. Eso sin contar tu intento de liquidarme.

—Me... me asusté... no sabía lo que hacía... Estaba muy impresionado por la muerte de Angie...

—Todo eso ya sé lo contarás a la policía, Alfred.

En marcha. Vamos al salón. Telefonaré desde allí. No quiero tocar nada de la habitación. Aquí están tus huellas por todas partes.

Chandler palideció de nuevo.

Tragó saliva con dificultad.

—¿Eres... eres en verdad un investigador privado?

Eric Chapman, sin dejar de empuñar el Smith y Wesson, mostró su credencial.

—He sido contratado por Brooke Shields. Investigo la

desaparición del cadáver de Richard Grabow. Y es fácil deducir que tú estás involucrado en el asunto, Alfred.

—Oh, Dios...

—Quiero ayudarte Alfred. Y puedo hacerlo.

—¿Cómo?

—Tú has descubierto el cadáver de Angie Howard, ¿no es cierto? Entonces debes comportarte como un ciudadano libre de toda sospecha que actúa correctamente. Telefona tú mismo a la policía denunciando lo ocurrido y espera a prestar la correspondiente declaración.

—Pero...

—Yo no estaré aquí, Alfred. No tienes que hablar a la policía de mí. Tu intento de huida y el atacarme será un secreto entre nosotros. La policía, aunque en principio sospeche de ti, tendrá fuertes dudas. Un asesino no denuncia su crimen. Te ofrezco una buena oportunidad, Alfred.

—¿A cambio de qué?

—Únicamente quiero que me adelantes lo que vas a declarar a la policía. Tus relaciones con Angie y todo lo demás. Investigo lo ocurrido en Blains Creek. Angie

Howart pernoctó en el Clover Hotel de Blaiville. Durante cuatro noches. Mi presencia aquí era para interrogar a Angie, Unas preguntas que imaginaba rutinarias, pero ahora sé que estaba involucrada en la desaparición del cadáver de Richard Grabow. Y tú también lo estás, Alfred.

Chandler denegó.

Con nervioso movimiento de cabeza.

Gruesas gotas de sudor comenzaron a perlar su frente.

—No... he sido utilizado. Lo he descubierto demasiado tarde, Conocí a Angie Howart en uno de los jardines del Blains Creek. Estaba dibujando una de las fuentes. Me habló de un reportaje para el periódico de la universidad. Un amplio repotaje sobre Blains Creek. Yo... yo...

—Sigue, Alfred.

—Angie... Angie era muy provocativa... se me insinuó... yo cedí como un estúpido: Cegado por aquella juventud y belleza. Me citó en su habitación del Clover Hotel. Acudí aquella noche y las tres siguientes. Me enloqueció. Jugó conmigo como un pelele. Ahora lo comprendo. Entre copa y copa, yo hablaba y hablaba...

—De los sistemas de seguridad del mausoleo, de la caseta de control, de los turnos de vigilancia...

Alfred Chandler inclinó la cabeza.

Su respuesta fue un susurro apenas audible.

—Sí... En aquellas noches estaba ofuscado... Ni tan siquiera

sabía lo que hacía... Angie me enloquecía. Para mí era como un sueño. Pronto cumpliré los Cuarenta años. El que una jovencita se encaprichara de mí me nubló la razón. Después de lo ocurrido en Blains Creek, sí empecé a sospechar. Indagué el domicilio de Angie en

Los Angeles y hoy decidí desplazarme para hablar con ella... y la encontré muerta.

—¿Como fue vuestra despedida?

—Cordial. Angie me prometió volver por Blains Creek. Cuando terminara el curso pasaría dos o tres días en Blainsville. Entonces volvería a...

Alfred Chandler enmudeció.

Ocultó el rostro entre las manos.

Eric Chapman guardó el revólver.

—Vamos al salón Alfred. Desde allí puedes telefonar a la policía.

Chandler obedeció mansamente.

Pasaron al amplio salón.

Sobre una de las estanterías del mueble principal estaba emplazado el teléfono.

—¿Tienes algo más que decirme, Alfred?

El individuo denegó.

Casi con lágrimas en los ojos.

—Eso es todo...

—Tranquilo, Alfred. Llama a la policía y espera su llegada. Yo cazaré al asesino de Angie.

Chapman se encaminó hacia la puerta del salón.

—Eric...

—¿Si?

De nuevo la voz de Alfred Chandler sonó débil y temblorosa.

—Angie... fue... fue... violada, ¿verdad?

Eric Chapman asintió apretando con fuerza las mandíbulas.

—Se adivina con sólo contemplar su cuerpo, Alfred. De seguro fue violada. Ya sabemos algo del asesino: es un auténtico hijo de perra.

Chandler no hizo comentario alguno.

Tecleó en dial del teléfono.

Con trémula mano.

—¿Policía?... Quiero denunciar un asesinato... En el 2090 de Lumet Street... La víctima es...

Eric Chapman abandonó el apartamento.

De aquel asesinato se haría cargo la Brigada 77.

Y Eric Chapman no quería tratos con los componentes de la Brigada 77. En especial con el teniente Dennis Schmid.

Toda la Brigada 77 se la tenía jurada.

Puede que Alfred Chandler siguiendo su consejo, silenciara la presencia del detective en el apartamento de Angie Howard; pero tal vez los interrogatorios en la Brigada 77 le hicieran confesar todo.

Y Eric Chapman no deseaba perder el tiempo en la Brigada 77.

De ahí que declinara con falsa generosidad el denunciar el ataque de que había sido víctima por parte de Chandler.

Prefería permanecer al margen.

Abandonó el edificio.

Al pasar por delante del snack ya no pensó en los jugosos beefsteak. Ya no tenía apetito alguno.

En su mente sólo la imagen del ensangrentado cuerpo de una muchacha.

Angie Howard.

El detective se acomodó en el interior del Corvette.

Examinó la ficha de Angie.

«Amiga íntima de Cynthia Shields.»

Las facciones de Eric Chapman se endurecieron.

Era también momento de entablar conversación con la nieta de Brooke Shields.

CAPITULO VI

Gould Boulevard era una de las más modernas zonas residenciales de Los Angeles. Muy diferente a las Beverly Hills, centro habitual de los famosos de Hollywood. Gould Boulevard, en Sarnowood, era un lugar más tranquilo. Con unos moradores más cuerdos. Sin las locuras y excentricidades de los relacionados con el mundo del cinema.

El 771 de Gould Boulevard era un magnífico bungalow dotado del máximo lujo y comodidades.

Eric Chapman circundó el seto central hasta detenerse frente al artístico porche de la mansión.

Uno de los sirvientes acudió presuroso a abrir la portezuela del Corvette.

—Buenas tardes, señor Chapman.

—Hola, Spencer. Otra vez por aquí.

—El señor Shields no se encuentra en la casa. Está reunido con los altos ejecutivos de la Shields Company. En las oficinas centrales del Civic Center.

—No importa. Mi intención es hablar con Cynthia.

El sirviente carraspeó.

—La señorita Cynthia tiene prohibido todo tipo de visitas.

Chapman sonrió.

Fijó su mirada en el sirviente.

Spencer era un individuo de color. Joven. Respetuoso. Acostumbrado desde niño a servir al hombre blanco.

—Eso no reza conmigo, Spencer. En mi visita de esta mañana ya habrá comprobado que el señor Shields me ha dado carta blanca. ¿Dónde está Cynthia?

Spencer dudó.

Una fracción de segundo.

—En el jardín. Junto a la piscina.

—Gracias, Spencer.

Eric Chapman bordeó el bungalow.

Un extenso y bien cuidado jardín cercaba toda la casa. En el lado oeste se alzaba el invernadero y la pista de tenis. Al otro lado la barbacoa, tumbonas y la sinuosa piscina.

Y allí estaba Cynthia Shields.

Sobre una colchoneta.

Tomando el sol.

Eric Chapman se había detenido a unas cuatro yardas de la muchacha.

Para contemplarla detenidamente.

Admirarla más bien.

Sus negros cabellos todavía húmedos. Con los ojos cerrados. Su ovalado rostro recibiendo los dorados rayos del sol. Los brazos en cruz fuera de la colchoneta. Sobre la hierba del jardín. Se había despojado de la pieza superior del bikini. Sus senos, breves y puntiagudos, recibían también las caricias del sol. El vientre liso subía y bajaba en acompasado palpar. La pieza inferior del bikini era un diminuto triángulo. Las piernas femeninas de largos y esbeltos muslos. Una piel bronceada y suave.

Chapman avanzó.

Proyectando su sombra sobre el rostro de la joven.

Y Cynthia abrió entonces los ojos.

Parpadeó.

—Me está quitando el sol...

Eric Chapman sonrió.

Se hizo a un lado.

—Disculpa, Cynthia.

La muchacha se ladeó para seguir con la mirada a Chapman. Volvió a parpadear. Repetidamente,

—No te conozco... ¿Quién eres?

—Eric Chapman.

—¿El detective contratado por el abuelo?

—Ahá.

Cynthia se incorporó.

Fue entonces cuando se percató de que estaba sin la pieza superior del bikini. Lentamente, sin premura alguna, se acopló la reducida tela sobre los erectos senos. Ajena a la presencia de Chapman.

—Ninguna novedad, ¿verdad, Eric? Hace un par de horas estuvo aquí el teniente Dennis Schmid, de la Brigada 77. Ninguna huella en Blains Creek. Ninguna pista. Nada que lleve a la solución del... Cynthia enmudeció.

Sus negros ojos habían quedado fijos en un determinado punto.

Eric Chapman giró para seguir aquella mirada. Descubrió como una sombra se ocultaba tras uno de los ventanales del bungalow.

—¿Quién era? —interrogó el detective.

—La señora Harrison. Mi enfermera.. Una bruja a sueldo del doctor Weld —sonrió Cynthia—. Estoy en tratamiento. Dicen que estoy loca. ¿Tú qué opinas, Eric?

Chapman se reflejó en los oscuros ojos de la muchacha.

Correspondió a la sonrisa femenina.

—No me sorprendería. Todos estamos locos.

Cynthia rió a cantarina carcajada.

Acudió hacia la mesa jardín.

—Toma asiento. Eric. ¿Quieres beber algo?

—Yo lo serviré. ¿Qué te preparo?

—Esa jarra contiene zumo de naranja, Si me decidiera por el whisky, la señora Harrison acudiría a galope para arrebatarme el vaso de las manos.

—Entonces... zumo de naranja para ti y yo me tomaré el whisky. Cynthia se había acomodado en una de las mecedoras con toldo protector acopiado.

Chapman se sentó junto a la joven.

—¿Brindamos por algo, Cynthia?

—Oh, sí... Siempre me gusta brindar por algo.

—¿Por ejemplo?

—Por Richard Grabow.

—Es la primera vez que brindo por un muerto. —Richard no ha muerto, Eric. Al menos para mí. ¿Crees..., crees que conseguirás recuperar su cadáver? ¿Qué volverá al Blains Creek?

—Sí, Cynthia. Puedo conseguirlo con tu ayuda.

—¿Con mi ayuda?

Eric Chapman vació el vaso de whisky.

Tomó el vaso de Cynthia depositándolo también sobre la cercana mesa.

Contempló inquisitivamente a la muchacha.

—¿Conoces a Angie Howard?

—Sí..., es amiga mía...

—¿Eres también su cómplice?

Cynthia parpadeó repentinamente. Sus labios iniciaron un visible y trémulo balbucear.

—¿Su cómplice?... No comprendo.

—Angie Howard está involucrada en la desaparición del cadáver de Richard Grabow. Angie permaneció cuatro días en un hotel de Blainsville, investigando en los horarios de los guardianes del Blains Creek, los turnos de vigilancia, los sistemas de seguridad... Cynthia palideció.

—¿Cómo... cómo sabes eso? ¿Te lo ha dicho Angie?

Chapman ignoró la pregunta de la muchacha.

—¿Lo planeaste tú, Cynthia? ¿Tienes tú el cadáver de Richard Grabow?

—No... yo no....

—Estás mintiendo, Cynthia.

—No... yo no... ¡Oh, Dios mío!...

Cynthia comenzó a temblar. Convulsiva. Juntó las manos una y otra vez. Sus labios incrementaron un balbuceo ininteligible.

—Tranquilízate, Cynthia —Eric Chapman ofreció un cigarrillo a la muchacha—. Puedes confiar en mí. Yo no soy un policía. ¿Por

qué no me lo cuentas todo? Guardaré silencio de cuanto me digas.

—Estoy arrepentida, Eric...

—Lo sé, pequeña. Y te prometo solucionar el problema. Sólo tienes que confiar en mí.

—No quiero que lo sepa el abuelo... no me perdonaría...

—Nada le diré al señor Shields.

—¿Lo... lo prometes?

—Tienes mi palabra —sonrió Chapman, animosamente—. Y ahora cuéntame todo lo ocurrido. Fue tuya la idea, ¿verdad? Tú lo planeaste todo.

—Sí...

—¿Por qué?

—No podía soportar aquella muchedumbre que día tras día turbaba el descanso de Richard. Richard es mío. Sólo mío. Yo le amaba... le amo con todas mis fuerzas... Hablé con Angie. Angie es mi mejor amiga. Ella comparte y comprende mi sufrimiento. Juntas planeamos apoderarnos del cuerpo de Richard y trasladarlo a nuestro pequeño refugio. Una pequeña casa de las Butte Mountains. Una cabaña de las montañas... Allí enterraríamos a Richard.

—¿Quién os ayudaría?

—Aún no lo teníamos decidido. Después de planearlo todo e informarnos, contrataría a cuatro hombres. Les pagaría bien por el trabajo. Simplemente trasladar el féretro desde el mausoleo hasta la furgoneta. Sólo eso. Angie y yo nos encargaríamos del resto. Nadie conocería el lugar donde sería llevado Richard. Sólo Angie y yo. Entonces...

—Sigue, Cynthia.

—No comprendo lo ocurrido, Eric. Angie permaneció cuatro días en Blainsville. Sonsacando información a uno de los guardianes del Blains Creek. Ya estaba al corriente de todo cuanto nos interesaba saber. Angie y yo nos reuniríamos para ultimar el plan y concretar el día. Y fue entonces cuando desapareció el cadáver.

Chapman entornó los ojos.

Perplejo.

—¿Quieres decir...? Tú no...?

—Creí enloquecer —murmuró Cynthia con voz temblorosa—. Alguien se había adelantado a mi proyecto... Temí que fuera obra de las muchas admiradoras de Richard... De alguien que quería a Richard para ella sola... Sí... Creí enloquecer.. El doctor Weld me inyectó... Aún no he podido hablar con Angie Me visitó ayer, pero yo estaba bajo los efectos de los calmantes... Hoy he esperado su llegada. La he telefoneado repetidamente a su apartamento, pero

no responde.

—¿Crees que Angie actuó por su cuenta?

—¡Oh, no!... Angie no podía hacerlo. No dispone de medios. Sus padres están divorciados. No se ocupan de Angie. Le envían lo justo para costearse los estudios, manutención y el alquiler del apartamento. A Angie tampoco le importa mucho. Ella sabe cómo conseguir dinero extra. Vive independiente y sin ningún tipo de prejuicios. Angie no podría costear el pago a unos hombres para que realizaran el traslado del ataúd, la furgoneta y todo lo demás. Angie es mi amiga. Jamás me traicionaría. No fue obra de ella. Afortunadamente tampoco es obra de una mujer. No lo soportaría... no soportaría que una mujer pudiera estar con Richard... Unos secuestradores que ambicionan dinero. Ellos han sido. Un trabajo de delincuentes sin escrúpulos.

—Puede que Angie se lo contara a alguien.

—No... Era nuestro secreto.

—¿Tenía amigos Angie?

Cynthia rió en nerviosa carcajada.

—¿Amigos? ¡Infinidad de ellos! Ya te he dicho que Angie carecía de prejuicios, aunque no la juzgues mal Es mi mejor amiga. Puedo confiar plenamente en ella, sólo que ahora me sorprende que no venga a visitarme. Que no me llame por teléfono ni responda a mis llamadas.

—Angie ha muerto, Cynthia.

La muchacha palideció.

Intensamente.

Comenzó a mover la cabeza.

—No..., eso no es cierto...

—La han asesinado, Cynthia. Yo mismo he visto su cadáver. Angie de seguro que habló con alguien. Le comento el plan de apoderarse del...

—Déjame... Vete, Eric... Déjame ahora...

Cynthia comenzó a temblar de nuevo.

Espasmódica.

Frotándose una y otra vez brazos y manos.

—Tienes que decirme el nombre de los amigos de Angie. Los más habituales a ella y los que mantenían una mayor...

—Vete... ¡Vete! ¡Señora Harrison! ¡Señora Harrison!

Con el rostro crispado corrió hacia la casa.

Sin cesar de llamar a gritos a la señora Harrison.

Eric Chapman la contempló estupefacto.

Se levantó para seguir los pasos de la muchacha, Esta se había introducido en el bungalow por la puerta de acceso del salón.

Chapman no llegó a entrar.

Surgieron dos individuos.

El detective reconoció a uno de ellos. Le había sido presentado aquella misma mañana por Brooke Shields. Se trataba de Lee Thompson, el mayordomo jefe. El hombre de confianza de Brooke Shields. El encargado de la seguridad del bungalow.

—No puede entrar, señor Chapman. Ya ha importunado bastante a la señorita Cynthia.

—Yo sólo...

—Buenas lardes, señor Chapman.

Eric Chapman asintió.

—Okay. Lamento lo ocurrido, pero me pagan para investigar. Dígaselo así al señor Shields.

Chapman se encaminó hacia el porche.

Spencer ya le mantenía abierta la puerta del Corvette. Muy diplomáticamente le estaban indicando que se marchara de inmediato del bungalow.

Un búho.

Sí.

Nancy estaba en lo cierto,

Paul Lowenbrau era como un búho. Cabeza grande, aplanada, el pelo a mechones sobre la frente, los ojos grandes, nariz afilada y las orejas salientes.

—¿Por qué no te largas, Eric? Ya te llamaré yo.

Chapman chasqueó la lengua tras beber el exquisito brandy Courvoisier. Contempló la copa.

—Estoy bien aquí, Paul. Me tomaré otra copa.

—¿Sabes una cosa, Eric? —resopló Lowenbrau—. Pienso añadir a la tarifa esas copas de brandy y la cena que te has ventilado. ¿Por qué no te largas?

—¿Molesto?

—¡Sí, maldita sea!

Sonó el timbre de uno de los teléfonos depositados sobre la mesa escritorio. Paul Lowenbrau dudó unos instantes. Había sobre la tabla cuatro teléfonos, dos interfonos y un grabador reproductor. Atrapó uno de los micros.

Después de unos minutos de conversación, casi monosílabos por parte de Lowenbrau, colgó el auricular.

Paul Lowenbrau sonrió reclinándose en el sillón.

Fijando aquellos ojos de búho en Chapman.

—Ahora comprendo... Muy astuto, Eric. Aquí te encuentran seguro, ¿eh? Apuesto que terminarás por pedirme una cama donde dormir.

—¿De qué hablas?

—El teniente Schmid, tu amigo de la Brigada 77, te está buscando por toda la ciudad. Ha dejado a un par de agentes frente a tu domicilio. Parece ser que has faltado a tu deber de ciudadano. El hombre que descubrió el cadáver de Angie Howard ha declarado que tú...

—Debí imaginarlo —interrumpió Chapman, sonriente—. El teniente Schmid es único apretando las clavijas. No me sorprendería que hiciera declararse culpable a Alfred Chandler. ¿Han adelantado algo en el caso?

—No. Siguen tu mismo recorrido, aunque con desventaja. El teniente Schmid quiso también interrogar a Cynthia Shields, pero la chica ha sido internada en el centro psiquiátrico del doctor Weld.

—Lo lamento. Sospecho que yo he provocado esa crisis en Cynthia.

—Lo cierto es que el teniente se ha quedado sin el testimonio de Cynthia Shields. Parece ser que Angie Howard está involucrada en la desaparición del cadáver de Richard Grabow. al menos así lo asegura el tal Alfred Chandler.

—Ya estoy al corriente de eso.

—Bien... Entonces poco más puedo decirte. Mi informador de la Brigada 77 dice que todavía no existe nota oficial de la autopsia, aunque el forense ha adelantado el dato de la violación. Sin lugar a dudas. Angie Howard fue violada.

Eric Chapman contempló la esfera de su reloj de pulsera.

Se incorporó paseando por el amplio despacho. Se aproximó al ventanal. Desde allí se apreciaba una panorámica de la ciudad de Los Angeles. Era como un gigante devorado por luciérnagas. Los destellantes luminosos de neón dominaban la oscuridad de la noche.

Se abrió la puerta del despacho.

Un individuo depositó unos papeles sobre la mesa escritorio desapareciendo acto seguido.

—¡Eh, Eric! —llamó Paul Lowenbrau—. Aquí tengo lo tuyo.

Chapman se aproximó a la mesa.

Junto a Paul Lowenbrau fue examinado cada uno de aquellos folios mecanografiados.

—Mis muchachos han realizado un buen trabajo, ¿verdad, Eric? Indagaron en el recepcionista de noche sobre las amistades de Angie Howard, en el restaurante frecuentado por la chica, en sus compañeras de universidad... y aquí tenemos la relación de amigos íntimos.

—Muy numerosa.

—Cierto, Eric. Y de todo tipo. Jóvenes y menos jóvenes, adinerados y pelagatos... Fíjate aquí... George Nielsen, cincuenta y dos años de edad, propietario de los grandes almacenes Sky Light. Honorable padre de familia. Pasó repetidos weekend con Angie en un motel del Paraíso. Luego tenemos... ¡Infiernos!

Eric Chapman también había respingado al descubrir uno de los nombres.

—Hal Sutherland... ¿Crees que puede tener relación con el clan de Sutherland?

—¿Relación? ¡Es el hijo de Donald Sutherland! Aquí tienes el informe.

Chapman atrapó el folio.

«Hal Sutherland. Veinticinco años de edad. Expulsado de la Southwestern University. Domiciliado en el 1633 de Mann Street, Los Angeles. Hijo de Donald Sutherland. Entabló amistad con Angie Howard en la universidad. Relaciones íntimas esporádicas.

En la últimas semanas se vieron con más frecuencia. Hal Sutherland dirige un local de máquinas electrónicas denominado Burning Crater, en el 690 de 937 de Lund Road».

—Muy interesante...

—Aquí tenemos otro nombre, Eric. Gordon Meredith, alto ejecutivo de la Shields Company. Mantuvo relaciones en...

—No quiero ningún otro nombre. Me quedo con Hall Sutherland. Es el fulano que busco.

Paul Lowenbraun se pellizcó el lóbulo izquierdo.

Movió afirmativamente la cabeza.

—Es posible... aunque no me imagino a Donald Sutherland, el rey de la droga en California, involucrado en el secuestro de un cadáver,

—Un cadáver muy valioso, Paul, No lo olvides. La Shields Company está dispuesta a pagar esos diez millones en oro. Donald Sutherland pertenece al sindicato del crimen. Tiene vinculaciones con la Mafia. Está relacionado con los mercados clandestinos del oro.

—¿Quieres que investigue? Tengo algunos contactos dentro de la organización de Sutherland. Tal vez...

—No, Paul. No es necesario. Prefiero dirigirme directamente a Hal Sutherland. ¡Ya nos veremos!

—Eric...

Chapman, que ya mantenía la diestra sobre el pomo de la puerta del despacho, tiró hacia Lowenbrau.

—Ten mucho cuidado. Hal Sutherland no es un estudiante de universidad. Trafica en drogas, y está rodeado de asesinos a sueldo. Según mis referencias, Hal Sutherland es mucho peor que el bastardo de su padre. Mucho cuidado, Eric. No me gustaría que te fueras al otro mundo sin haber abonado mis honorarios.

Eric Chapman sonrió.

—Tranquilo, Paul. Me cuidaré.

El detective abandonó el edificio.

Minutos más tarde circulaba al volante del Corvette. En su rostro se reflejaba una fría sonrisa. Consciente de haber encontrado una buena pista. Ya imaginaba a su poder el millón de dólares ofrecido por Brooke Shields.

Eric Chapman pecaba de optimista.

Burning Crater era un tugurio.

Poco importaba la amplitud del local, el ensordecedor bullicio de las máquinas tragaperras, los futuristas efectos de la luz, la vanguardista decoración...

Aquello era un antro.

Se descendía al local por unas escaleras. La primera de las salas estaba dedicada a tragaperras de competición. Máquinas de flippers, batallas contra marcianos, guerra de galaxias, de habilidad... Era todo un espectáculo ver a los jugadores frente a las máquinas. Retorciéndose. Contorsionándose como si así lograran evitar el choque del láser.

En otra sala se alineaban las máquinas de azar. Las tragaperras de palanca. Las populares «slot-machines» de dólar, medio y veinticinco centavos.

En la tercera y última de las salas se avanzaba tanteando las paredes. La iluminación era mínima. Limitada a unos pilotos rojizos fijos en el techo. Máquinas de video-audio y cabinas individuales. Por unas simples monedas se visionaban el más alucinante porno duro. El cortometraje siempre se interrumpía en el momento culminante. Obligando a introducir más monedas.

También, en aquella tercera sala, había reservados. Jovencitas y melenudos se confundían entre las sombras. Bebidas alcohólicas prohibidas en aquel tipo de locales eran consumidas con toda tranquilidad. Al igual que gran variedad de estupefacientes.

El servicio de seguridad del Burning Crater alertaría de la posible llegada de un registro de la policía. Y entonces no se encontraría nada delictivo. Puede que incluso la organización Sutherland contara con policías sobornados que avisaran con tiempo de un registro.

Así funcionaban los negocios... legales de la organización Sutherland.

Night-clubs, discotheques, salones recreativos.

Un amplio campo donde distribuir la droga. Y el Burning Crater, el mejor local de tragaperras, confiado al hijo de Donald Sutherland. Para que se fuera curtiendo en el negocio.

Eric Chapman deambuló por las diferentes salas.

Retornó a la primera de ellas. La dedicada a máquinas tragaperras de competición y habilidad. En aquella sala, la más amplia de todas, se encontraban las oficinas privadas.

Chapman acudió hacia una de las puertas.

No llegó a rozar el pomo.

Sonó antes la voz.

—Se equivoca hermano. Los servicios están al otro lado.

Eric Chapman sonrió contemplando al individuo.

Un joven melenudo de rostro alargado y arisco. Vestía chaquetilla de cuero, camiseta de algodón y pantalón vaquero muy ceñido. Calzando botas de grueso tacón.

—Buscó a Hal Sutherland.

—¿De veras? —el melenudo también sonrió—. ¿Y quién eres tú?

—Me envía Angie Howard. Díselo así a Hal y de seguro me recibirá.

El melenudo dudó unos instantes.

—Espera aquí.

Se aproximó a la puerta que lucía el indicativo de «privado». Pulsó el llamador y la puerta se abrió.

Eric Chapman descubrió un «ojo mágico» en una de las esquinas. Camuflado junto a un espejo. El Burning Crater estaba dotado de sistema de televisión en circuito cerrado.

Diffícilmente serían sorprendidos por una redada de la policía.

El melenudo retornó a los pocos minutos.

—Sígueme.

Chapman obedeció.

Se adentraron por un estrecho corredor que desembocaba en una amplia estancia. Allí se amontonaban infinidad de máquinas tragaperras ya inservibles. Algunas de ellas desguazadas. También había otras aún embaladas. Grandes cajas rectangulares para diversión de la sana juventud californiana.

Al fondo otra puerta.

El melenudo, tras golpearla con los nudillos, hizo girar el pomo.

Se hizo a un lado para permitir el paso de Chapman.

Un despacho. Con reducido mobiliario. Dotado de aire acondicionado, aunque sin ventilación exterior. Tras la mesa escritorio se encontraba Hal Sutherland.

Eric Chapman le reconoció.

En más de una ocasión periódicos y revistas habían dedicado gran número de páginas al clan Sutherland. Al emperador de la droga en California. Donald Sutherland, el hombre que también controlaba el vicio organizado en la ciudad de Los Angeles. Y su hijo Hal.

De tal palo tal astilla.

Hal Sutherland vestía con elegancia. Chaqueta de terciopelo, deportiva camisa y pantalón de excelente corte.

—Puedes retirarte, Patrick.

El melenudo obedeció a la orden de Hal Sutherland cerrando tras de sí.

Eric Chapman se adelantó unos pasos. Dirigió una semicircular mirada por la estancia. Sonrió burlón.

—Una bonita cueva, Hal.

—¿Qué quiere? —interrogó Hal Sutherland, sin levantarse del sillón—. No me gustan las bromas macabras,

—¿Bromas macabras?

—Dice que le envía Angie Howard.

—Ahá.

El rostro de Hal Sutherland era marcadamente pálido. Un aspecto blanquecino y enfermizo acentuado por el color amarillento de sus ojos. Sus manos también blancas. Femeninamente cuidadas.

—Hace pocas horas he sido informado de la muerte de Angie Howard. De su brutal y horrible asesinato.

—No llores, Hal.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere?

—Angie me contrató. Lo hizo, por supuesto, antes de ser asesinada. Yo tenía que realizar un pequeño trabajo. Muy bien pagado. Debía trasladar el féretro de Richard Grabow desde su panteón a una furgoneta. Angie Howard y Cynthia Shields me pagaría por ello.

—También lo era para mí, Hal; pero lamentablemente alguien se adelantó al plan de las muchachas. Y yo me quedé sin trabajo.

—Hay mucha crisis.

Eric Chapman sonrió.

Se aproximó a la mesa jugueteando con uno de los ceniceros.

—Cierto, Hal. Y no estoy dispuesto a renunciar a mi parte del pastel. Tú vas a sacar diez millones de dólares en oro a la Shields Company quiero una parte del rescate.

Hal Sutherland sacudió la cabeza.

—Oiga, amigo... ¿Está loco? ¿Quién es usted?

—Eso no importa. Estoy al corriente de todo Hal. ¡Y quiero una parte!

—Lárguese.

—Veinticinco mil dólares. Me conformo con veinticinco mil dólares. Es una cantidad razonable por mi silencio y...

—¿Se larga o aviso a mis hombres? —interrumpió Hal Sutherland, teniendo su diestra hacia uno de los teléfonos—. ¡Fuera de aquí!

Chapman retrocedió.

Sin dejar de sonreír.

—Bien... De acuerdo, Hal. Te ofrecí una buena oportunidad. Volverás a tener noticias mías.

Eric Chapman abandonó el despacho.

Hal Sutherland se incorporó como impulsado por un resorte. A grandes zancadas avanzó hacia una puerta contigua al archivador. Comunicaba con la habitación donde se hallaba instalado el sistema de televisión de circuito cerrado.

Dos individuos en la estancia.

Uno de ellos con la mirada fija en las pantallas de control. Desde allí se controlaban todas las salas del Burning Crater.

—He grabado tu conversación con este fulano —dijo uno de los individuos. ¿Quién diablos es, Hal?

—¡No lo sé, maldita sea!

—¿Un policía?

—Tal vez, pero poco importa —sonrió Hal Sutherland—. Avisa a Patrick. Que le acompañen dos muchachos más. Stephen y Jerry.

—¿Quieres qué...?

Hal Sutherland asintió.

Ahora con una cruel sonrisa reflejada en el rostro.

—Por supuesto. Quiero que maten a ese entrometido. Ahora. Apenas salga del Burning Crater.

CAPITULO VIII

Eric Chapman abandonó el Burning Crater.

No estaba desanimado por su entrevista con Hal Sutherland. Todo lo contrario. Iba convencido de estar pisando terreno firme. No había más que esperar la reacción de Sutherland.

Llegó ante el Corvette.

Encendió un cigarrillo.

Eric Chapman se acomodó frente al volante. Fumando parsimoniosamente. Quería dar tiempo a Hal Sutherland.

Consumió el cigarrillo.

Y la esperada reacción de Hal Sutherland no se había originado.

Chapman, ya algo menos optimista, inició la marcha del vehículo.

Circuló por Lund Roat girando el volante a altura de Hill Street.

Fue allí, en la tercera de las bocacalles donde surgió con ensordecedor ruido de motor la potente máquina.

Una moto que zigzagueó frente al Corvette para acto seguido caer aparatosamente sobre el asfalto.

Sus dos ocupantes saltaron rápidos.

—¡Condenado sea!... —vociferó uno de ellos, gateando por el suelo.

Eric Chapman había frenado con estridente chirriar.

Evitando aplastar la máquina.

Los dos individuos avanzaron hacia el Corvette.

Dos individuos cortados por un mismo patrón. Jóvenes.

Melenudos. Con chaquetillas de cuero y pantalones tejanos. Sobre la chaqueta de piel una calavera y otros distintivos nazis.

—¡Baja del coche, hijo de perra pijoja!

—Cálmate, Stephan —dijo el compañero—. Tal vez aceptemos sus disculpas.

—¿Disculpas? ¡Casi nos atropella, Jerry!

Eric Chapman esbozó una sonrisa.

Bien.

Allí estaba la reacción de Hal Sutherland.

Tal como había imaginado. Y con ello el propio Hal Sutherland se delataba.

—No ha sido culpa mía —dijo Chapman—, Ahí hay un stop. Y vosotros no lo habéis respetado.

Los dos melenudos intercambiaron una mirada.

Fingiendo una mueca de estupor.

—¿Has oído eso, Jerry? No solo no se disculpa... ¡Nos echa la culpa a nosotros!

El llamado Jerry movió de un lado a otro la cabeza.

Chasqueó la lengua.

—Ya no hay educación, Stephen... ¡Qué lamentable ejemplo recibimos de nuestros mayores!

—¿Le damos una lección, Jerry? ¿Qué te parece si...?

Sonaron unos pasos sobre el asfalto.

Lo avanzado de la noche hacía desiertas las calles. Con reducida iluminación. Silenciosas.

De ahí el sonoro avanzar de aquellas pisadas.

Apareció Patrick.

—¡Hola, Patrick! —rió Stephen—, Este individuo ha intentado atropellarnos, pero vamos a darle una buena lección, ¿verdad, Jerry?

Jerry hacía oscilar entre sus manos una pesada cadena de hierro. También Stephen sopesaba significativamente unos nudillos de acero.

—Un momento, muchachos —dijo Eric Chapman—. Puede que la culpa fuera mía y me disculpo humildemente.

—Demasiado tarde para disculpas —replicó Stephen ajustándose ya los nudillos de acero—. Baja del coche.

Patrick se adelantó.

En su diestra una Super-Star. En la zurda un tubo silenciador que comenzó a acoplar al cañón.

—No es necesario que baje del auto. Puede morir ahí sentado.

—¡Eh, Patrick!... ¡Espera! —protestó Jerry, jugueteando con la cadena—, ¿Por qué no podemos divertirnos un poco? El resultado será el mismo. Le hacemos pulpa la cabeza y...

Ninguno de los tres melencuados esperaba aquello.

La portezuela del Corvette se abrió con brusquedad.

Proyectada violentamente por Eric Chapman.

La puerta golpeó a Patrick haciéndole retroceder aparatosamente.

Trastabilló hasta perder el equilibrio. No llegó a incorporarse.

Eric Chapman había salido veloz del auto.

Propinó un salvaje puntapié al bajo vientre de Patrick. Este no gritó. Fue incapaz. El dolor sólo le permitió abrir desmesuradamente la boca y retorcerse sobre el asfalto.

Chapman dirigió también un puntapié a la Super-Star.

Justo en el momento que Jerry le descargaba la cadena.

Eric Chapman percibió el silbar. Trató de inclinarse y esquivar el terrorífico trallazo, pero no lo consiguió. Apretó con fuerza las mandíbulas al recibir el golpe. En la espalda y hombro izquierdo. Milagrosamente esquivó la cabeza.

Chapman se arrojó al suelo.

Atrapando el extremo de la cadena.

Antes de entrar en contacto con el asfalto ya había levantado la

pierna derecha. En espera de Jerry.

El melenudo, sujetando el otro extremo de la cadena, fue hacia Chapman. Recibiendo el patadón en el estómago,

Eric Chapman se incorporó.

Enfrentándose a Stephen que ya le lanzaba su puño derecho. Protegido con los nudillos de acero,

Chapman le esquivó.

Y correspondió con un brutal golpe de karate. En la nuez. En la proyección del cartílago tiroides de la laringe.

Un golpe que hizo caer a Stephen como un pajarito.

Jerry seguía sobre el asfalto. A cuatro manos. Recuperándose del impacto en el estómago. Ya casi lo había conseguido cuando sintió que la cabeza le estallaba. Quedó sin sentido. Ni tan siquiera vio llegar el puntapié de Chapman.

Patrick serpenteaba por el suelo en busca de la Super-Star.

Rozaba la culata cuando le inmovilizó la voz de Chapman.

—No lo hagas, Patrick. No te lo aconsejo.

Patrick, con el rostro crispado por el lacerante dolor en el bajo vientre, contempló el cañón del Smithy Wesson.

Muy próximo a su nariz.

Haciéndole bizquear.

—No..., no dispaes...

Eric Chapman sonrió.

Curvando el dedo índice sobre el gatillo.

—¿Por qué no, Patrick? ¿Qué puedes hacer tú de bueno en vida?

—No...

—¿Dónde está, Patrick? ¿Dónde está el cadáver de Richard Grabow? Fue obra de Hal Sutherland, ¿no es cierto?

—No seas mentiroso, Patrick. Fue Hal, ¿verdad? Responde y salvarás la vida.

—No lo sé..., juro que no...

Eric Chapman le golpeó en la nariz con el cañón del revólver.

—No seas mentiroso, Patrick. Fue Hal, ¿verdad?

El melenudo, con lágrimas en los ojos, asintió.

—Sí..., pero ignoro donde escondió el féretro.... juro que no lo sé... Hal hizo el trabajo. Casualmente descubrió lo que planeaba Angie Howard. Hal le llevaba un suministro de heroína cuando le sorprendió el que Angie pernoctara en Blainsville. Que mantuviera relaciones con uno de los guardianes del Blains Creek...

—Angie sospechó de Hal Sutherland y por eso fue eliminada, ¿me equivoco?

—No lo sé... Yo sólo estoy de Vigilancia en el Burning Crater...

—Angie drogadicta... Apuesto que a Ha! le resultó muy fácil el

sonсарle lo que tramaban. Con sólo negarle la heroína fue más que suficiente para que Angie le contara todo.

Patrick parpadeó.

—¿Angie?.. ¿Angie no era drogadicta?

—Maldita sea... Acabas de decirme que Hal le llevaba heroína,

—Cierto, pero no era para Angie, sino para Cynthia Shields. La hija de Brooke Shields sí es adicta a la heroína. Desde hace tiempo.

—Vas a transmitir un mensaje a Hal Sutherland. Esta noche, esta misma noche, le haré una visita a su apartamento de Mann Street, Dile que me espere despierto. Tenemos mucho de que hablar.

—Si..., se lo diré...

—Gracias, Patrick. Eres muy amable. Buenas noches, Eric Chapman acudió al Corvette.

Acomodado al volante, asomó la cabeza por la ventanilla.

—¡Eh, Patrick!... No olvides retirar a tus compañeros de ahí. Ya hay suficientes ratas en las calles de Los Angeles.

* * *

Eric Chapman pulsó el llamador por tercera vez, Al hacerlo sintió un punzada que le abarcó todo el lado izquierdo. Desde el hombro a la cintura.

Recuerdo del cadenazo de Jerry.

Escuchó un leve ruido tras la puerta. Sin duda estaba siendo observado por ¡a mirilla. Al instante el deslizar del cerrojo y la cadena de seguridad. La puerta se abrió.

—Eric... ¡Dios mío!... ¿Qué te ha ocurrido?

—Hola. Nancy —sonrió Chapman, penetrando en el apartamento —. Perdona que te haya despertado. Máxime a estas horas.

—¿Estás herido?

—¡Oh, no!... Un simple altercado. Nada de importancia.

—No tienes buen aspecto...

Eric Chapman se reflejó en el espejo del living.

Ciertamente su estado era lamentable. Pelo revuelto. Manchas en chaqueta y pantalón. La camisa desgarrada.

—Necesito descansar un par de horas. No puedo ir a mi apartamento. Sospecho que agentes de la Brigada 77 siguen por allí.

—¿Agentes de... ¡Cielos, Eric!... ¿Qué ha ocurrido? ¿Por qué te buscan? ¿Qué has hecho?...

—Tranquila, tranquila... Ahora te lo explicaré todo.

Chapman pasó al salón.

Acudiendo directamente al mueble-bar se sirvió una buena dosis de whisky. Sonrió ante el expectante rostro de la muchacha.

Le narró todo lo acontecido.

El asesinato de Angie Howard, su entrevista con Cynthia Shields, el enfrentamiento con los hombres de Hal Sutherland...

—¿Crees que ese tal Sutherland...?

—¿Creerlo?

Estoy seguro, Nancy. Me envió a tres de sus muchachos. Y no para asustarme. Tenían órdenes de darme muerte. Estoy en el buen camino. Es más..., sé dónde está el cadáver de Richard Grabow.

—¿Que sabes...?

—Sí, nena. Esta misma noche comprobaré mi hipótesis. Ahora voy a darme una ducha y descansar un par de horas.

—Puedes dormir toda la noche. Mañana...

—Tiene que ser esta noche —interrumpió Chapman—. Antes de que amanezca. Es el momento adecuado para mis planes. No debo dejar que...

—¿Ocurre algo?

Eric Chapman sonrió.

Aproximándose a la joven.

—No me había percatado de ello... Estás seductora, Nancy.

La muchacha retrocedió.

También ella pareció percatarse por primera vez de la sucinta negligé que lucía por toda vestimenta. Un deshabillé muy transparente. Muy cortito. Dejando muy poco para la imaginación.

—Te prepararé el baño, Eric. Y descansarás esas dos horas, ¿de acuerdo? ¡Descansar!

Nancy salió al pasillo.

Se introdujo en una de las habitaciones.

Un dormitorio femeninamente decorado y con alegre mobiliario.

La joven abrió la puerta del contiguo cuarto de baño. Colocó un par de toallas y apartó los frascos de belleza que se amontonaban bordeando la bañera.

Eric Chapman llegó portando el vaso de whisky en la zurda.

—Oye, Nancy... ¿Por qué no nos bañamos juntos?

—No.

—¿Y enjabonarme la espalda?

—Tampoco.

Nancy, con divertida sonrisa, esquivó el acoso de Chapman abandonando el cuarto de baño.

Poco más tarde aparecía Eric Chapman envuelto en una de las toallas. Ceñida a la cintura. El cabello goteando sobre su desnudo tórax.

—Eric... ¡Oh, cielos!... Tienes la marca en el hombro... ¿Te duele?

—Sólo cuando respiro.

—No es para bromear, Eric. Acuéstate. Voy a por un spray que hace verdaderos milagros.

Chapman se aproximó a la mesa de noche. Tomó la cajetilla de Thins encendiendo uno de los mentolados.

Se dejó caer sobre el lecho con el cigarrillo en los labios.

Apenas lo había succionado un par de veces cuando retornó Nancy. Le arrebató el emboquillado aplastándolo en el cenicero.

—Esto te dejará como nuevo, Eric.

Nancy aplicó el spray sobre la amoratada zona.

—Nancy..., son tus manos las que hacen verdaderos milagros.

La joven, con gracioso mohín, retiró las manos dejando de acariciar en suaves masajes el pecho de Chapman.

Hizo ademán de incorporarse, pero no lo logró.

Eric Chapman había alargado sus manos reteniéndola por los hombros.

La atrajo contra sí.

—Eric, no... Necesitas descansar y...

Chapman besó los gordezuelos labios femeninos. Una y otra vez. Avidamente. Sus manos deslizaron los frágiles tirantes de la negligé.

Y Nancy dejó de protestar.

Durante largos minutos.

Después de la vorágine de la pasión quedaron entrelazados. Aletargados por placentera calma. Mirándose a los ojos.

—Te quiero, Nancy...

—Dímelo otra vez. Eric..., dímelo...

El timbre del teléfono les hizo respingar al unísono. Intercambiaron una mirada,

—¿Tienes algún admirador nocturno, Nancy?

—Ignoro quién puede ser..., algún número equivocado...

Eric Chapman se ladeó en el lecho extendiendo su diestra hacia el teléfono depositado sobre la mesa.

Atrapó el micro.

—¿Sí?

La respuesta se demoró unos instantes.

—¿Es... es usted Chapman?

—En efecto.

—¡Por todos los cielos!... Al fin consigo localizarle. Soy Brooke Shields. Le he llamado a su apartamento, al despacho, al número

del auto... Se me ocurrió telefonear al número de su secretaria y...

—Aquí estoy, señor Shields. ¿Ocurre algo?

La voz de Shields sonaba temblorosa.

Marcadamente alterada.

—Se han puesto en contacto, Chapman... Esta misma noche... Hace apenas una hora. Telefonaron al bungalow vecino..., sin duda sospechando que mi teléfono estuviera intervenido por la policía.

—¿Qué le han dicho?

—Quieren el dinero para mañana. Los diez millones de dólares en lingotes de oro. Volverán a llamar para concretar la entrega. Quiero que usted esté en mi casa para cuando...

—No será necesario, señor Shields.

—¿Cómo dice?

—Mañana le entregaré el cadáver de Richard Grabow —dijo Chapman—. Pienso recuperarlo esta misma noche.

Una nueva pausa de Brooke Shields.

Sin duda no daba crédito a las palabras del detective.

—¿Está... está hablando en serio, Chapman?

—Por supuesto. No se preocupe de nada, señor Shields. Mañana tendrá noticias mías. Buenas noches.

Eric Chapman colgó el auricular.

Consultó el digital de su reloj de pulsera.

Ahogó un suspiro.

—Bien... Es el momento de marchar.

—¿Puedo ir contigo, Eric?

Chapman sonrió inclinándose sobre la muchacha para besarla fugazmente en los labios.

Acto seguido saltó del lecho.

—Te quedarás aquí, Nancy.

—Pero...

—Ni una palabra más. Quieres que el gran Richard Grabow retorne a su mausoleo de Blains Creek, ¿no es cierto?

—Sí,

—Entonces déjame a mí. Yo lo solucionaré.

Eric Chapman seguía pecando de optimista.

CAPITULO IX

Los Angeles estaba sumida en su breve letargo nocturno.

Aunque no todos dormían en la ciudad, sí el silencio y soledad dominaban en las calles. También la oscuridad de la noche. Los luminosos de neón, alegres y multicolores, se habían eclipsado.

Faltaban pocas horas para el amanecer del nuevo día.

Una sombra se deslizaba por Lund Road.

Se detuvo al llegar al Burning Crater. El cartel anunciador del local también apagado.

Eric Chapman bordeó el edificio. En un estrecho callejón estaba la entrada de servicio al Burning Crater. Por allí descargaban las máquinas tragaperras. La puerta estaba protegida por una reja deslizante.

Chapman retornó a la puerta principal.

La resultaría más fácil entrar por allí.

Del bolsillo interior de la chaqueta extrajo un objeto cilíndrico.

Un detector de cerraduras. Un aparato aún no comercializado.

Difícil de conseguir. Un gran invento.

Japonés, por supuesto.

Eric Chapman acopló una de las bases del cilindro a la cerradura de la puerta. Accionó un dispositivo.

Podían ocurrir dos cosas.

Que el detector lograra dar con el mecanismo de la cerradura y entonces la puerta sería fácilmente franqueada. Si el cierre resultaba ser de extrema seguridad, entonces entraba en funcionamiento el diminuto taladro y la cerradura era forzada.

Fue el segundo de los casos.

La sólida cerradura hizo necesario el empleo del minitaladro.

Eric Chapman mantuvo presionando el cilindro sobre la cerradura. Con ambas manos. Fue cuestión de minutos. Empujó la puerta. Esta cedió mansamente.

El cilindro era también linterna.

Chapman enfocó la escalera descendiendo con lentitud.

Llegó a la primera de las salas. Las máquinas tragaperras, ahora silenciosas y sin destellante luminosidad, semejabán fantasmagóricas sombras.

Eric Chapman acudió a la puerta señalizada con el cartel de «privado».

También la encontró cerrada, pero allí sí resultó sencillo el franquearla. Sin necesidad de taladro. Recorrió el estrecho corredor hasta alcanzar la amplia estancia donde se amontonaban las cajas embaladas y las máquinas de desguaze.

Accionó el interruptor de la luz.

Tras cajas rectangulares permanecían cuidadosamente empacadas.

Eric Chapman rebuscó hasta dar con un objeto punzante. Comenzó a quitar el lacre y cintas adhesivas a la primera de las cajas. Luego el papel y cartonaje. Des cubrió una caja de madera. Quitó una de las tablas.

Y ya no siguió.

Era una máquina tragaperras.

Marcianos borrachos contra el terrícola loco.

Fue hacia la segunda de las cajas.

Papel, lacre, cartón, cuerdas...

También era una caja de madera. Procedió a quitar las tablas.

Una sonrisa reflejó en el rostro del detective.

Allí estaba.

El féretro.

El lujoso ataúd de Richard Grabow.

Eric Chapman terminó de quitar las tablas superiores. Cuatro anillas doradas, de artístico diseño, se emplazaban en torno al féretro. Unidas por una barra grabada con palabras en recuerdo de Richard Grabow.

Chapman manipuló hasta quitar las barras y los cierres del ataúd.

Alzó la tapa del féretro.

Quería convencerse de que allí estaba realmente el cadáver de Richard Grabow.

Una mueca de horror y repugnancia crispó las facciones de Eric Chapman. Instintivamente bajó la tapa retrocediendo un par de pasos.

Y fue entonces cuando sonó la voz.

—¿Qué ocurre, amigo Chapman? ¿No está ahí el cadáver?

Eric Chapman giró con rapidez.

Contempló perplejo a los dos hombres.

Brooke Shields y su fiel sirviente Lee Thompson. Este último empuñando una Luger.

—¿Qué hace aquí, señor Shields?

—Después de nuestra conversación telefónica quedé dominado por la impaciencia. Decidí acudir veloz hacia el lugar donde se hallaba... Llegué a tiempo de verle bajar y caminar hacia el Corvette. Le hemos seguido hasta aquí.

Chapman sonrió.

—Me parece muy bien, pero no comprendo el estar encañonado por su criado.

—¿Criado? Oh, no... Lee Thompson es algo más que un sirviente. ¿Qué hay en el ataúd, Chapman?

—Un cadáver.

—¿El de Richard Grabow?

—Lo dudo. Richard Grabow fue... digamos embalsamado bajo un método científico que conservaría su cuerpo durante uno o dos lustros.

—Correcto.

—El cadáver de ese ataúd es el de un ser deforme. Como el de un enano macrocéfalo Piernas cortas, brazos diminutos, cabeza grande, un cuerpo acartonado...

—Es el cadáver de Richard Grabow.

—Imposible.

—Todo tiene una explicación, Chapman —dijo Brooke Shields, con voz carente de inflexión—. Richard Grabow no murió por un fallo cardíaco. Yo acabé con él. Le envenené.

Eric Chapman tragó saliva.

—No me arrepiento de haberlo hecho —murmuró Shields, ahora con el rostro transfigurado—. Era preciso que terminara con Richard... El estaba acabando con Cynthia. Con mi nieta. Y Cynthia es lo único que tengo. No podía permitirlo. No podía contemplar impasible el hundimiento de Cynthia, su degradación... Fue el propio Richard quien indujo a Cynthia por el alucinante mundo de la droga. Cynthia estaba apasionadamente enamorada de Richard. Las temporadas de separación, las giras de Richard, ¡os rodajes,..., eran para Cynthia insoportables. Comenzó a padecer de los nervios. Y Richard el muy bastardo, proporcionó a Cynthia una dosis de LSD. Le dijo que así sería más llevadera la separación. Primero LSD, luego cocaína, marihuana... hasta caer en las terroríficas garras de la heroína. Y de ese infierno muy pocos son los que logran salir. Tenía que hacer algo antes de que fuera demasiado tarde.

—No tuvo éxito, señor Shields.

Brooke Shields empuñó los ojos.

Una amarga mueca se reflejó en su ajado rostro.

—No... Creí que, una vez muerto Richard Grabow, la calma retornaría a Cynthia. Sigue sin olvidar a Richard, sigue con la heroína... En la clínica del doctor Weld, más que crisis nerviosas sufría tratamiento de desintoxicación. Ahora, con la desaparición del cadáver, Cynthia ha empeorado; pero lo superará. Máxime si el cadáver de Richard jamás retorna al Blains Creek. Y no regresará allí. Yo me encargaré de hacerlo desaparecer.

—¿Por el bien de Cynthia?

—¡Sí!

—No lo conseguirá, señor Shields. Cynthia vive del recuerdo de Richard. ¿Sabe quién planeó en principio el robo del cadáver? Su

nieta y una tal Angie Howard. Llegó a conocimiento de cierto individuo llamado Hal Sutherland y decidió el secuestro del cadáver.

—Todo eso ya no importa, Chapman. Estaba dispuesto a pagar el rescate. Estaba dispuesto a todo... con tal de que no se descubriera lo ocurrido.

—Por eso quería que le entregara personalmente el féretro.

—Si, Chapman. Nadie debe verlo. Suministré a Richard Grabow un misterioso veneno. Una sustancia africana que no deja huella en el organismo en el momento de la muerte. Pero sí a las pocas semanas. El cuerpo se reduce, la cabeza se hincha desproporcionadamente... Como si todo el cuerpo hubiera sido sometido a los j́baros. Si alguien contempla ese cadáver se procedería a la autopsia. Y entonces se descubriría el veneno suministrado. Se descubriría que la muerte de Richard Grabow no fue por fallo cardíaco.

—Un asesinato.

—No puedo permitirlo, Chapman. No puedo consentir una investigación, los interrogatorios... Yo permanecí con Richard el mismo día de su muerte, Lee Thompson quedó en su casa de Castal City, con Richard... Se llegarla a sospechar de mí... y Cynthia... Cynthia descubriría... no me lo perdonará jamás... Ella no puede comprender que todo lo he hecho por su bien.

—Señor Shields... Estamos perdiendo mucho tiempo —dijo Lee Thompson, con presuntuosa voz—. No es prudente permanecer aquí.

Shields asintió.

Retrocedió unos pasos inclinándose para coger dos bidones de gasolina que había depositado junto a la puerta.

—Oiga, señor Shields... Renuncio a su millón de dólares —dijo Chapman, con forzada sonrisa—. Incluso olvidaré todo cuanto me ha dicho.

—¡Quieto! —ordenó Lee Thompson, ante el movimiento sospechoso del detective.

Brooke Shields chasqueó la lengua.

—Lo lamento, Chapman. Le estoy muy agradecido. Mañana pensaba cumplir al píe de la letra las indicaciones de los secuestradores, pero merced a su investigación todo va a salir mucho mejor. Los secuestradores no han abierto el ataúd. No tenían su morbosa curiosidad, Chapman.

—Por supuesto. Ellos robaron el cadáver del Blains Creek. Yo tenía que cerciorarme de que seguía en el féretro.

—Lo sé, Chapman, pero eso le ha sentenciado. Tiene que morir.

Brooke Shields abrió el ataúd volcando el contenido de uno de

los bidones. Hasta llenar de gasolina el interior. Luego retrocedió vaciando el resto del otro recipiente por las cajas, máquinas y cartonaje allí almacenado.

--Ya nos podemos marchar, Lee. De aquí sólo encontrarán las cenizas.

Thompson retrocedió.

Sin dejar de encañonar a Eric Chapman.

Brooke Shields encendió un fósforo. Ya junto a la puerta que les separaba del corredor.

—Adiós, Chapman.

Arrojó el fósforo al suelo.

Una voraz llamarada se extendió por toda la estancia. Al llegar al féretro las llamas crepitaban con estruendo elevándose hasta el techo. Algunas de las máquinas tragaperras comenzaron a detonar en pequeñas explosiones.

Eric Chapman intentó acudir hacia la puerta, pero tenía el paso cerrado por las llamas.

Escuchó unos disparos.

El fuego continuaba cercando a Chapman. Acorralándolo hacia uno de los rincones. La atmósfera era ya irrespirable.

Eric Chapman gateó por el suelo para mejor respirar.

Fue entonces cuando se abrió la puerta. Por entre la densa humareda pudo distinguir el uniforme de los dos individuos que portaban los extintores. Le abrieron un reducido paso por entre las llamas,

Eric Chapman saltó acrobáticamente.

Cayendo en brazos de Dennis Schmid, teniente de la Brigada 77.

EPILOGO

Nancy quedó inmóvil.

—¿Qué fe ocurre, Nancy?

—¿Cómo?... Oh, nada... —la muchacha cerró la maleta—. Estaba pensando.

—En Richard Grabow.

Nancy denegó con un movimiento de cabeza.

—No... Simplemente pensaba en esta triste aventura.

—Cierto. Muy triste. Del prometido millón de dólares me he quedado con el simple cheque de anticipo.

—No seas cínico, Eric. Ya puedes dar gracias de haber salido con vida. De no ser por los de la Brigada 77...

—Reconozco que fueron muy oportunos. El teniente Schmid siguió a Brooke Shields. Creyó que iba a entrevistarse con los secuestradores. Estaba muy lejos de imaginar... Bueno, cuando le vio entrar en el Burning Crater, esperó acontecimientos. Luego llegó Hal Sutherland y dos de sus hombres. Se cruzaron con Brooke Shields y Lee Thompson. Se entabló un tiroteo... y cuando intervino la policía ya era demasiado tarde. Al menos para Brooke Shields. Recibió un balazo en el pecho que le envió directo al Más Allá.

—Fue mejor así.

—Sí, tienes razón. Lee Thompson ha confesado. También Hal Sutherland. El envió a uno de sus degenerados melencólicos para que eliminara a Angie Howard, Ella ya empezaba a sospechar de Hal Sutherland como autor del secuestro del cadáver.

—Un cadáver calcinado.

—Nada quedó del Burning Crater. Todo fue devorado por las llamas. Apenas salir se derrumbó todo... Nada se ha encontrado del féretro.

—Blains Creek se convertirá en un desierto.

—Los discos de Richard Grabow se seguirán escuchando, sus películas en video... Sólo que la Shields Company no continuará explotando su cadáver. Se acabó el negocio para ellos. Y lo celebro.

—¿Qué será de Cynthia?

—Tengo entendido que se desplaza a Europa. Junto con unas amistades residentes en Italia. Seguirá a tratamiento, pero no del doctor Weld. Este fue nefasto para Cynthia. Posiblemente no regrese por Los Angeles. Y llegará a olvidar.

Nancy tomó la maleta.

Sonrió débilmente.

—Olvidemos también nosotros, Eric. Nos espera una semana

maravillosa en Miami Beach.

—Antes tengo una sorpresa. Decenios realizar unos pequeños trámites antes de emprender viaje.

—¿A qué te refieres?

Chapman extrajo un papel del bolsillo interior de la chaqueta. Lo extendió ante Nancy.

—Es... es...

—Sí, Nancy. Una licencia de matrimonio.

—¿Para... para nosotros?

—Por supuesto. Quiero asegurarme una secretaria como tu para el resto de mis días.

—¡Oh, Eric!... ¡Eric!...

La muchacha soltó la maleta para arrojarse en brazos de Eric Chapman.

F I N

Las mejores novelas de



MARCIAL LAFUENTE

ESTEFANIA

el mundialmente famoso autor,
pueden saborearse en las
COLECCIONES

**CENTAURO y
OESTE
LEGENDARIO**



¡No se pierda **AHORA** la
oportunidad de leer estas
primeras ediciones, en las que
cada título es un vendaval
de emoción!

Asegure su ejemplar

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.



Impreso en España **PRECIO EN ESPAÑA 40 PTAS.**